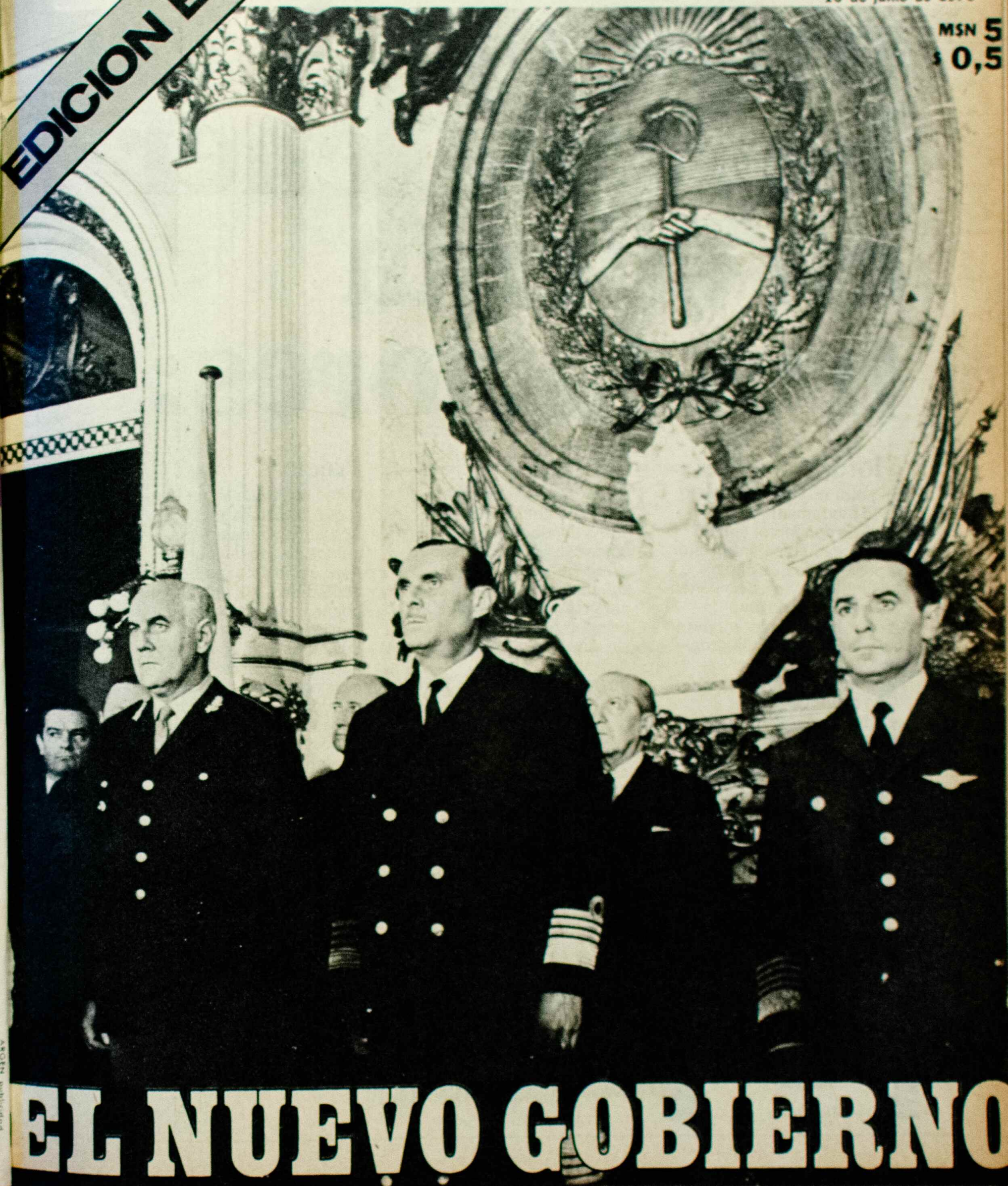


PANORAMA

10 de junio de 1970

MSN 5
\$ 0,5

EDICION ESPECIAL



EL NUEVO GOBIERNO



**Cuando un coñac es
muy reserva...
no necesita ponerse
serio con los jóvenes.**

Domecq no necesita ponerse serio para demostrar antigüedad: **desde 1730... Domecq es coñac.** Bouquet de coñac. Señorío de coñac. Pregúntele a los que lo toman ahora.

INDUSTRIA ARGENTINA

**Reserva
DOMECQ.**

Coñac extra añejo
para tomar ahora.

PAZ Y PROGRESO

10 de junio de 1970

MSN 5
\$ 0,5



EL NUEVO GOBIERNO

Anira | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Para comprar un auto hay que tener en cuenta tres factores:

Motor

El motor es el alma del auto. Es lo fundamental. Un auto con motor viejo es irremediamente viejo. A pesar de lo que digan. Los motores viejos no tienen las bancadas de un moderno. Un motor moderno es un motor de 6 cilindros, con 7 bancadas y botadores hidráulicos. Con pistones exclusivamente diseñados para aprovechar al máximo las nuevas naftas comunes. De diseño supercuadrado. Es decir, un motor como el motor del Special 70.

Tamaño

Hay que buscar un auto lo suficientemente grande como para llevar cómodamente todo lo que usted necesita. Y lo suficientemente chico como para moverse con agilidad en nuestras calles. Un auto que no sea chico ni grande. Es decir, un auto como el Special 70.

Precio

Usted tiene que saber bien lo que está pagando. Actualmente los autos chicos no son tan caros. Pero usted sólo recibe poca comodidad, y la vida útil del coche casi siempre termina con la última cuota. Los autos grandes son demasiado caros. Tanto para comprar como para mantener. Además, son pesados para manejar e imposibles de estacionar. El auto que usted necesita es un auto cómodo, de tamaño ideal y de motor moderno. Es decir, el Special 70. Un auto con respaldo Chevrolet.

SPECIAL 70:
Tres buenas razones para comprar un auto.



PANORAMA

Director Interino

Norberto Firpo

Secretarios de Redacción

Roberto Aizcorbe, Hugo Gambini, Juan Merino, Ernesto Schóo,

Prosecretarios

Homero Alsina Thevenet,

Edgardo Cozarinsky,

Francisco N. Juárez

Redactores

Carlos Begue, Aída Bortnik, David Cureses, Juan Gelman, Luis Guagnini, Jorge M. Lozano, José Pasquini Durán, Pablo Placentini, Marcelo Pichon Riviere, Carlos Russo, Osvaldo Soriano, Martín Yrlart

Secretaria

Renée A. de Lagasco

Colaboradores

Ana Basualdo, Miguel Brascó, Bróccoli, Luciano Cámara, Luis Candurra, Giselle Casares, Gabriela Courrèges, Jorge Miguel Couselo, Faruk, Norberto Habegger, Irene Hirsch, Susana Itzcovich, Jorge Lebedev, Inés Malinov, Yirair Mossian, Quino, Jorge Raventos, Silvia Rodríguez, Pola Suárez Urbey

Fotógrafos

Eduardo Comesaña, Eduardo Klenk, Pablo Neustadt, Osvaldo Varone

Diagramadores

Ricardo Codevilla, José Enríquez, Antonio Mazza

Corresponsales

Santiago Pérez Gaudio (Córdoba), José Rocha (Tucumán)

Servicios Exteriores

Juan A. Abraham (Nueva York), Tomás Eloy Martínez (París), Lidia Stratulini (Milán). Surameris Noticias (Mario E. Cereatti); agencias AP, DAN, UPI, EFE, Inter-Press, Europa Press, Keystone, Inter-Prensa, Mondial Press, Dachary, Panamericana de Prensa, Hearst Corporation, Ica Press, Reporters Associés, Rasovsky S. P. y Transworld. Revistas y diarios: L'Express, Paris-Match, Oggi, Epoca, L'Europeo, The Sunday Times Magazine, Storia Illustrata, Blanco y Negro, Realidade, Veja, Panorama (Italia) y The New York Times.

Departamento Comercial

Guillermo Coleman (Director), María G. de Benedictis, Juan C. Beuille, Juan de Dios Montenegro, Reynaldo Marcó, José Alberto Rivas.

Tráfico: Mabel P. de Sánchez

La revista PANORAMA es una publicación semanal de PANORAMA S.A.P. y E., Leandro N. Alem 896, Buenos Aires. Acogida a la protección de las convenciones internacionales y Panamericana sobre derechos de autor. Impresa en la Argentina. El nombre de la revista está registrado como marca. R. N. de la Propiedad Intelectual número 1.009.217. Circula por el Correo Argentino en el carácter de publicación de Interés general número 7.142. Miembro de la SIP (Sociedad Interamericana de Prensa). Miembro de ADEPA (Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas). Miembro de CIP (Centro de Informaciones de Publicidad). Miembro de IPI (International Press Institute, Zurich, Suiza). Copyright © 1970 por PANORAMA S.A.P. y E. Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción o uso de todo o parte del contenido de esta publicación tanto en español como en cualquier otro idioma. Distribuidor en la Capital Federal, Vaccaro Hnos. S.R.L., Solís 585, Capital Federal; Interior y exterior, RYELA S.A.I.C.I.F. y A., Paraguay 340. Cap. Teléf.: 32-6010 al 6029.

ADHERIDA AL IVO

Edición Especial — Buenos Aires, 10 de junio de 1970



Esta Edición

A mediados de abril último, *Panorama* obtuvo, de boca de los dirigentes políticos marginados por la Casa Rosada, un pronunciamiento casi unánime: una especie de desazón por la conducta oficial, sorda a los reclamos de los sectores tradicionalmente representativos de la comunidad. El tema mereció la tapa del número 157 (arriba, izquierda). Dos semanas después, el gobierno lubricó su aparato represivo, con el propósito de atender las consecuencias del descontento social y domeñar el reguero de desórdenes perpetrados por estudiantes y obreros en varias capitales del interior argentino; un propósito fallido, ya que atendía a las consecuencias y no a las causas del proceso; se consiguió que recrudecieran los atentados terroristas. Fue la tapa y un Informe Especial del número 159. La edición del 26 de mayo (en el centro) reflejó explícitamente el estado de ánimo de las Fuerzas Armadas frente al desgaste del Poder Ejecutivo: "Se encara un esfuerzo —decía la nota— para que el gobierno cumpla íntegramente las ambiciosas Actas de la Revolución, que, entre otras cosas, intentan organizar la salida hacia nuevas instituciones democráticas". Resulta claro, hoy, que esa cuestión constituye la médula del comunicado que el Comando en Jefe del Ejército produjo a media mañana del lunes último y que precipitó la caída del general Onganía, horas después. Por fin, la edición de este martes (arriba, derecha), que se terminó de redactar once horas antes del pronunciamiento de la Junta de Comandantes, da cuenta de las graves discordias planteadas entre el gobierno y la jerarquía militar, a la sombra de un acontecimiento insólito: la desaparición del general Aramburu. Así, en el curso de los últimos dos meses, los lectores de *Panorama* tuvieron acceso a la observación de los hechos y al análisis objetivo de un proceso lamentable, en la medida que obliga a un regreso a las fuentes que inspiraron la Revolución Argentina.

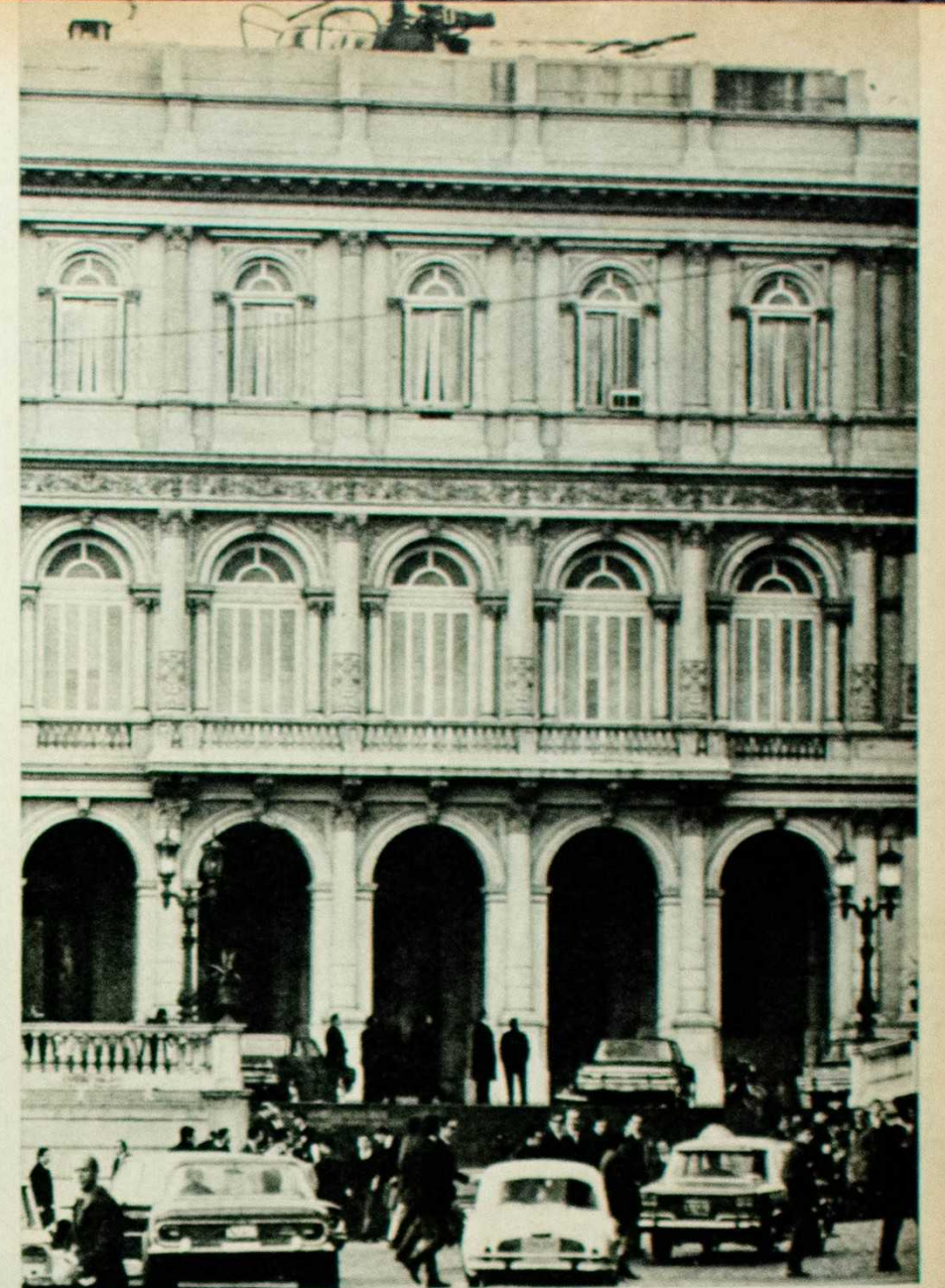
Esta Edición Especial está íntegramente dedicada a documentar qué pasó el 8 de junio (un mes históricamente activo para las Fuerzas Armadas; ver página 18), a precisar los antecedentes mediatos e inmediatos de esta crisis, a registrar las opiniones de dirigentes de distintos núcleos ideológicos, a reseñar la personalidad y el pensamiento de los nuevos jefes políticos del país, quienes se han impuesto —como primera prioridad— la búsqueda del ciudadano que sucederá a Onganía. Las rutinas de la redacción de *Panorama* fueron interrumpidas para dar a luz este vasto informe sobre la delicada situación institucional; por supuesto, era lo que correspondía a una publicación empeñada en reflejar la verdad, sin tapujos y pronto.

EL DIRECTOR



EL EPICENTRO

DESDE EL MEDIODIA DEL LUNES, LA CASA ROSADA SE CONVIRTIÓ EN UN HERVIDERO DE SOLDADOS, POLICIAS Y CURIOSOS. A MEDIA TARDE, EN TANTO LOS CONSCRIPTOS DEL REGIMIENTO DE GRANADEROS APROVISIONABAN DE ARMAS LA SEDE DEL GOBIERNO Y UN HELICOPTERO SE POSABA SOBRE EL EDIFICIO, EL PUBLICO ENSAYO ESTRIBILLOS CONTRA ONGANIA. AL ANOCHECER, LA ZONA FUE DESPEJADA POR PATRULLAS.





LA CAIDA

A LAS 9.20 DEL LUNES, EL TENIENTE GENERAL ONGANIA PRESIDE SU ULTIMO ACTO EN FUNCION DE PRESIDENTE: EN EL BANCO MUNICIPAL (ARRIBA, IZQUIERDA) INAUGURA UNA CONFERENCIA DE EXPERTOS EN RECURSOS HIDRICOS. CASI SIMULTANEAMENTE, LOS COMANDANTES DE LAS FUERZAS ARMADAS EMITIAN SENDOS COMUNICADOS, LOS QUE PRECIPITARON UNA ANEJA DISIDENCIA Y DESBOCARON LA CRISIS FINAL. LA VANA RESISTENCIA DE ONGANIA, QUE DILATO EL PROCESO 14 HORAS, MOTIVO LA APARICION DE TANQUES (DE LA 10ª BRIGADA) Y EL RECRUDECIMIENTO DE LA EXPECTATIVA POPULAR. EN LA CASA DE GOBIERNO EXTRAÑOS BARTULOS ERAN DEPOSITADOS EN AUTOS OFICIALES, CON DESTINO INCIERTO. A LAS 23.40, FRANCISCO IMAZ ERA EL ULTIMO MINISTRO EN ABANDONAR SU DESPACHO.



ARGENTINA: POR UNA DEMOCRACIA SIN VENCEDORES NI VENCIDOS

Con plan político, fecha previsible de elecciones — tres años, se dice —, el consejo de los líderes civiles y un estatuto de los partidos, el nuevo gobierno será har- to similar al de la llamada Revolución Libertadora, cuya gestión, si bien conformó a una parte de la ciudadanía, evoca un penoso recuerdo en otro amplio sector de los argentinos.

Conviene, sin embargo, no ser pesimistas: desde 1966 a la hora actual, los caudillos tradicionales y los militares superaron demasiadas peripecias como para no haber asimilado la lección. Entre 1955 y 1958, el justicialismo —esa notable fuerza reformista— fue perseguido, sus símbolos y canciones prohibidos; hasta 1966, sus militantes ortodoxos siguieron proscritos, y aún hoy Juan D. Perón continúa en el exilio.

El liberalismo erró por no saber incorporar a los peronistas al sistema; pero los últimos cuatro años, curiosamente, reunieron a los antiguos adversarios, por lo menos en las mesas de arena donde se discutió la táctica para desplazar a Onganía. Es cierto que no hubo alianza formal; con todo, la inteligencia entre los comandos civiles y el delegado de Perón, una semana atrás, en torno al "caso Aramburu", es un signo más que llamativo de los tiempos que corren. Sin dudas, ningún jerarca "democrático" arriesgaría —como en 1966— jugar la suerte del país a un golpe de estado, sólo porque el justicialismo es capaz de vencer en la provincia de Buenos Aires. El tiempo y las penurias son buenos escarmientos.

Onganía llegó a la primera magistratura para asegurar la unidad nacional: la logró, pero en su contra. Quizá ciertas almas simples se enfervoricen ahora, si saben que sus políticos están unidos. Pero la democracia —que la Junta de Comandantes desea restaurar— es otra cosa: significa disidencia, controversia, ideas opuestas. El camino hacia ella es, en verdad, arduo. ¿Por qué permitió erigir grandes naciones? Lo hizo cuando sus hombres se pusieron de acuerdo en el método democrático, en las reglas del juego para, de allí en adelante, debatirlo todo. Postulado elemental: el respeto del fuerte a las minorías, y el acatamiento de éstas a la autoridad del más popular.

Por eso una democracia no puede funcionar con proscripciones. Es que yerra quien la cree tan sólo un mecanismo político; es algo superior a todo eso: una forma de convivir, penosamente elaborada en 2.000 años de cultura, un instrumento para la relación entre los seres humanos y los grupos sociales labrado en incontables luchas, fracasos y esperanzas. Constantemente perfectible, por eso, como es fluido el devenir de los pueblos.

El martes último, el titular de la Junta de gobierno

provisoria, almirante Pedro Gnavi, sostenía en un discurso que la Argentina no volverá "a las formas perimidas de la democracia no representativa que existía a la fecha del advenimiento de la Revolución Argentina". Mientras, en torno de los jefes aleteaban ya los politólogos, favorables unos a la integración de dos grandes partidos, y otros a la coalición de partidos.

Pero si la democracia es expresión de pluralidad, aun resulta incierto planificar sobre el tema: basta que puedan figurar en la puja todos los grupos reales de la Nación. Eso implica, por cierto, la necesidad de legalizar una izquierda: desde que el liberalismo la echó en el saco de la proscripción, el país vive el drama de su ausencia. Pareciera que la Argentina, como el avestruz, no quisiera ver que en torno suyo, medio mundo está dirigido por el socialismo. Consecuencias: los grupos minoritarios que eligen seguir a Carlos Marx deben optar por la clandestinidad, un plano inclinado que deriva en el terrorismo. Sacar a la luz a esos clanes, ponerlos frente a sus responsabilidades, más que justo es útil. Los espaderos toledanos suelen probar sus aceros golpeándolos contra la roca; la democracia, si es genuina, también debe tentar su filo en la polémica.

Con todo, suponer que la tarea del nuevo gobierno ha de limitarse a fijar las reglas del juego entre los principales dirigentes políticos, es atribuirle una misión importante pero mediana.

Gnavi dijo el martes que "la vida política de la Nación se debe basar en la participación de la ciudadanía". Acertaba: el gran pecado del régimen anterior a 1966 fue su anemia, su egoísmo, su devoción a "las pequeñas raterías de mis correligionarios", como ya bromeaba Marcelo de Alvear. La vida íntima de los partidos se regía por el sistema "del servicio personal" que condenó Moisés Lebensohn, un político lamentablemente olvidado. Las candidaturas, las dignidades públicas, la fama, eran ganadas por los "punteros" de barrio: quien era capaz de lograr mayores granjerías para sus adictos, o proteger a la delincuencia, contaba una masa tal de sufragios en los comicios del sector que ninguna persona honesta era capaz de imponer sus ideas, por levantadas que ellas fuesen.

Así, los partidos se vaciaron de talento, de imaginación, de audacia, de sacrificio, cualidades indispensables para los que dedican su vida al duro ejercicio de la política. Pero las agrupaciones mueren si no incorporan cada vez más a los elementos nuevos, capaces de transformarlas y conducir las a través del tiempo nuevo. Gobernar ya no es mandar, sino hacer participar a las gentes en el manejo de la cosa pública. Las soluciones están a la vista. Buena parte de los

grandes países del mundo cultivan el sistema de los partidos abiertos. Cada ciudadano, al inscribirse en el padrón, debe, obligatoriamente, elegir una fuerza cívica para expresarse. Así, las elecciones internas de los núcleos se convierten en comicios primarios, donde todo el mundo tiene el derecho a sufragar. No hay forma, así, de que una minoría de paniaguados imponga como candidato a tal o cual mercachifle de votos.

El otro método es el opuesto: las agrupaciones cerradas. En ellas milita apenas una élite, de probada capacidad técnica, cuyos miembros cotizan religiosamente una suma de dinero para costear los gastos del partido: no hay caudillo de parroquia capaz de mantener un número alto de secuaces en una cofradía de este tipo. Los medios actuales de comunicación permiten a tal clase de partidos saltar por encima de los intermediarios de barrio: exponen sus ideas y soluciones a través de la TV para la discusión entre millones de espectadores, votantes en potencia. La fórmula argentina previa a 1966 alardeaba de contar con partidos de masa; pura demagogia: las nóminas de los registros apenas copiaban la guía telefónica. Más que cerrados, herméticos, los grupos tradicionales se volvieron de espaldas al país para dedicarse a guerras intestinas.

Si Onganía llegó a la Casa Rosada ungido con las simpatías populares era porque encarnaba, de alguna manera, el repudio general a esa decadencia. Su error: el de confundir política con politiquería. Por no negociar, se enemistó con los obreros, los estudiantes, los ganaderos; finalmente esa rigidez le enajenó la voluntad de su propio partido: el militar. Sucede que la política "es el arte de la transacción sin cesar renovada", decía Hans Kelsen. Consiste en que cada grupo limite sus ambiciones a lo posible, sepa frenarlas allí donde comienzan los anhelos de los demás. En suma, gobernar es urdir acuerdos, y hacer política es conformarse con sólo una parte de lo que la realidad ofrece. Cuando se lo entiende así, el convenio es lícito y público: se ubica lejos de la turbia maniobra o del "pacto". Esta es una costumbre normal en las sociedades civilizadas.

La primera rigidez de Onganía lo separó de los estudiantes: para el ex mandatario, la Universidad debía tener las características de la academia; a su juicio se trata de un lugar donde unos van a aprender y otros a enseñar. Pero la institución —la *universitas*— es algo más: la ciudad de la cultura, donde sólo a través del diálogo y la polémica es posible esclarecer a la juventud, integrarla a la comunidad. El presidente que deja ahora el cargo también se hubiese horrorizado al presenciar los formidables debates que en el siglo XIII dividieron a nominalistas y concipualistas

en la Sorbona de París. De esa turbulencia, de ese choque de opiniones suelen nacer las ideas que alumbran al mundo. Reprimirlas es en vano.

El otro choque notorio lo alejó de la clase obrera. Se dirá que en ello influía el plan económico restrictivo de Adalberto Krieger Vasena; pero tal es una verdad menor. Lo que irritaba era el deseo presidencial de ganarse a la CGT como base civil de su causa, de someterla jerárquicamente a sus dictados. Ese constante asedio de promesas y severidad colocó a la entidad en una tensión mayúscula: terminó por saltar en pedazos.

Ocurre que una central obrera no es otra cosa que un monopolio de la fuerza laboral para discutir en condiciones más o menos ventajosas el nivel de los salarios y las condiciones de trabajo. Exigirle que forme las bases de un régimen militar —como aspiraba Onganía—, o que se ponga a la cabeza de una revolución social (tal cual postulaba la izquierda), es pedirle a la CGT que se transforme en partido o en guerrilla: ambas cosas están más allá de sus posibilidades orgánicas. Lo justo: permitirle una participación responsable en el diagrama de la política económica, puesto que representa ese bien supremo que es la mano de obra.

No repetir las equivocaciones de Onganía supone, para cualquier gobierno, forjar las bases de convivencia en la Universidad y los gremios; luego, apartarse de ellos, no interferir. En política, lo barato cuesta caro. Los infinitos choques de la pasada administración con los estibadores, los cañeros, los inquilinos, los estancieros, fueron cortados por idéntica tijera: la ausencia de flexibilidad para el acuerdo.

El almirante Gnavi dijo el martes que es preciso reconocer a Onganía "la superación del crónico estancamiento", el comienzo de "importantes obras de infraestructura", la explotación racional de "nuestras riquezas". Más que eso, es necesario agradecerle ese oscuro, anárquico propósito —tan odiado— de modificar la vieja democracia nativa, de sumar a las oficinas públicas el aporte de la colectividad. Jamás lo consiguió, no supo o no pudo hacerlo. Pero aquellas invocaciones a que la población releve la tutoría del Estado quedarán. Participar es el nuevo verbo que conjugaba la política mundial: Charles de Gaulle, Richard Nixon, el régimen italiano buscaron y tratan aún de incorporar el hombre mismo al manejo de sus destinos. Pero los argentinos deberán recorrer todavía un largo sendero: acaso al final encuentren una democracia sin vencedores ni vencidos, propia. Los cambios no llueven desde el gobierno. Se conquistan. ♦

Roberto Aizcorbe

Los Hechos



GENERAL LOPEZ AUFRANC: UN PRECURSOR.

EL LENTO DETERIORO DE UN HOMBRE FUERTE

Los moderados, la *mayoría silenciosa*, no vislumbraron el derrumbe de Onganía. Conjeturaban que el hombre fuerte de las refriegas de setiembre de 1962 y abril de 1963 —aquel comandante del Ejército azul— superaría todos los embates porque seguía siendo el más astuto y fragoroso de los militares.

El pronóstico de la gente prudente también era compartido por ciertos voceros de minorías. Mariano Grondona —ejemplo— predecía, tres días antes del pronunciamiento de los comandantes, que "pese a las versiones, el presidente sigue contando con la firme confianza de los mandos militares". En suma: muy pocos se animaban a admitir el colapso de Onganía.

Algunos indicios, sin embargo, facilitaban otra perspectiva. Al principiarse abril, cuando se aventuró el inevitable fin de Juan Perón y el eventual pacto para repatriar sus restos, estalló un conflicto de proporciones en las altas cumbres, cuyo vórtice giró en torno del ministro José María Dagnino Pastore y del secretario de Agricultura y Ganadería, Lorenzo Raggio. Motivos: veda por un mes para la carne vacuna y supuestas actividades de tendencia monopolística de la empresa Deltec en desmedro de los pequeños y medianos ruralistas.

Por entonces, luego de un tempestuoso cónclave en la Sala de Situación de la Casa Rosada, en donde Dagnino Pastore arriesgó que "había que terminar con los productores agropecuarios de fin de semana" (réplica de Raggio: "No podemos aceptar el concepto urbano

del agro que sostiene el señor ministro"), el Comando en Jefe del Ejército enfocó su lente sobre el rumbo revolucionario.

Eso no fue todo: en clara definición sobre la trifulca agropecuaria, el general Alejandro Lanusse le envió una misiva de aliento a Tomás de Anchorena, ex subsecretario de Lorenzo Raggio, que euforizó a los ruralistas enconados con Dagnino Pastore y Onganía. Al definirse, Lanusse no quiso enfrentar al presidente; todavía prefería continuar galopando a su lado, como solía decir.

Pero la medida de Lanusse hacía prosperar versiones antojadizas. Unos decían que jamás derrocaría a Onganía, por respeto; otros arriesgaban que "no estaba en fuerza" para acaudillar un pronunciamiento ordenado. La verdad: Lanusse estaba en fuerza porque había logrado la cohesión de los mandos y sólo esperaba que el presidente reaccionara. Fueron días amargos para el comandante en jefe. Muchos camaradas —en retiro y en actividad— que lo visitaban en su despacho reclamaban actitudes más firmes para evitar el deterioro de las Fuerzas Armadas. Lanusse escuchaba pero no prometía temeridades; tuvo, sí, que reconocer que el panorama se oscurecía. Síntesis: Lanusse no castigó a los jefes ofuscados con Onganía y a partir de ese momento —mediados de abril— la artillería más gruesa apuntó hacia la Casa Rosada.

LA ESCALADA. ¿Quiénes capitaneaban el malestar castrense? Según las especulaciones que florecieron en aquellos días, el núcleo más irritado con la conduc-



GENERAL JOSE M. DIAZ: SUBORDINACION.



GRAL. CARLOS FUEGOS CORDOBESES.

ción presidencialista estaba integrado por los generales de brigada Jorge Raúl Carcagno, jefe de la IV Brigada de Infantería Aerotrasportada (Córdoba); José María Díaz, jefe de la X Brigada de Infantería (Palermo); Juan Carlos Sánchez, jefe IV (Logística) del Estado Mayor; Alcides López Aufranc, jefe III (Operaciones) del Estado Mayor; Joaquín A. Aguilar Plinedo, entonces director de la Escuela Nacional de Guerra y luego comandante del I Cuerpo de Ejército (Palermo), y general de división José Rafael Herrera, comandante de Institutos Militares. Otros disconformes: coroneles Manuel Haroldo Pomar (Escuela Lemos, Campo de Mayo), Mario Fernando Chretien (V Cuerpo de Ejército, Bahía Blanca), Manuel Alejandro García (jefe del C-10, Azul) y Carlos Luzuriaga (V Cuerpo de Ejército, Bahía Blanca).

En la noche del martes 14 de abril Onganía sufrió un tremendo impacto: el general en retiro Eduardo Argentino Señorans, su amigo de confianza y hasta ese momento titular de la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE), tuvo que declinar el cargo luego de una tensa reunión del CONASE en la que recibió el fuego graneado de todos los flancos. Arreciaba la tempestad de asaltos e intenciones subversivas; ahora, Onganía afrontaba el desafío más solo que nunca.

Así, empero, no lo entendían sus aliados de ultraderecha, los mismos que habían intentado el rapto del diplomático soviético Iuri Pivovarov, ni tampoco los alicaídos comunitaristas orientados por Juan Francisco Guevara. Por el contrario, unos y otros —sin que el presidente lo reclamara— procuraban "rodear" a Onganía para lanzarse a la revolución nacional. El esquema era simple y algo derruido: reverdecer la an-

tinomía nacionalismo versus liberalismo; esto es, Onganía *nacionalista* contra Lanusse *liberal*.

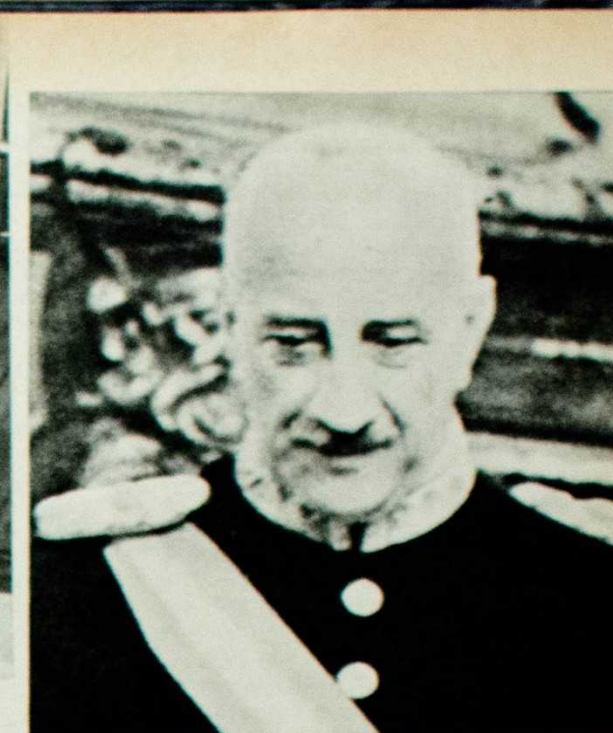
Entretanto, creyendo adivinar la suerte de Onganía, el ex presidente Arturo Frondizi lanzó varios dardos envenenados. Dirigiéndose a las Fuerzas Armadas, arguye que la revolución fracasó. Onganía acusa el impacto y le replica, al tiempo que el general en retiro Héctor Solanas Pacheco —con el asesoramiento de Manuel Reimundes, el *Dragón*— gestiona ante Lanusse una suerte de proclama condenatoria del gobierno, una advertencia a los altos mandos del Ejército. Se trataba de un discurso que Solanas Pacheco pensaba leer en la Escuela de Caballería (Campo de Mayo), el jueves 23 de abril, para celebrar la festividad de San Jorge, un pretexto. Porque, a decir verdad, el ex secretario de Guerra de Arturo Frondizi se proponía afirmar que todo había fracasado por culpa de Onganía, quien "olvidaba que la revolución prometida al pueblo estaba por encima de los hombres".

Solanas Pacheco se ofuscó, pero lo cierto fue que Lanusse consideró inoportuna la proclama; el comandante consideraba que aún los antecedentes eran escasos para enjuiciar al presidente. El martes 4 de mayo, no obstante, los altos mandos del Ejército dieron varios pasos al frente en su marcha para reconquistar el poder político. La oportunidad se la brindó José María Dagnino Pastore, teórico incomprendido según los militares.

A los mandos les preocupaban cuatro puntos básicos: 1) El incremento de la usura derivado de la falta de crédito bancario para la pequeña y mediana industria; 2) Aumento del costo de vida a pesar de los anuncios oficiales; 3) Alud de quiebras y convocatorias; 4)



CONRADO ETCHEBARNE: LA LEY, LA LEY.



GENERAL SEÑORANS: MANO A MANO.

Intranquilidad social. Pero el ministro de Economía no quiso o no supo disipar la inquietud castrense; habló largamente y casi nadie entendió nada. Ergo, crecieron las aguas. Julio Alsogaray sentenció: "La situación es grave; creo que Onganía está perdido. De ahora en adelante habrá que balancear el poder de los sindicatos con el de los partidos políticos, víctimas del proceso".

Quizá, entonces, el general Alsogaray estaba en antecedentes de un documento reservado de ocho puntos que el Comando en Jefe del Ejército había elevado a la consideración de la Presidencia; en ese memorial se proponía una salida política, se enjuiciaba la conducta de ciertos funcionarios inescrupulosos y se advertía sobre la paralización del plan de obras vitales. Los *affaires* de los ingenios azucareros, el que deflagró con Deltec y las importaciones de cemento portland, inquietaban a los mandos.

Al día siguiente —el miércoles 5— se estrenó la película Z, un test con moraleja en el que miles de argentinos se vieron retratados, y que sirvió para que el *entourage* de jefes democráticos refiriese su reclamo: salida política. Dos semanas después, todos los generales de división y de brigada en actividad convergían sobre Buenos Aires: citados por el Comando debían escuchar de Onganía los éxitos de la revolución.

Muchos de esos generales no pensaban en los éxitos pero sí en los fracasos. En Olivos, con preguntas meditadas días antes, los generales procuraron convencer a Onganía de que debía modificar el rumbo. Fue inútil. El ex presidente les respondió: "Ante el estorbo de la mayoría, entendí al comunitarismo, a Rogelio Coria y a la orien-

tación económica. Allí, tal vez, se decidió su destitución.

LA DEFINICION. Los últimos días de mayo se presentaron oscuros para la suerte de Onganía. A las rebeliones cordobesas —ecos de las turbulencias de un año atrás— se sumó el secuestro del ex presidente Aramburu. El gobierno se ajustó al libreto y culpó a la izquierda internacional. Los liberales, la gente del 13 de noviembre de 1955, achacaron la responsabilidad a los derechistas del entorno de Onganía. El dilema: saber si Aramburu fue secuestrado para evitar que relevara a Onganía, o si el rapto suponía una suerte de provocación para acelerar los acontecimientos.

La agitación también había llegado a la Armada. El martes 2 de junio, cuando asistió a la reunión del CONASE, el comandante en jefe de la Armada, almirante Pedro Gnavi, llevó una inquietud de sus pares: pedir el reemplazo del ministro Francisco Imaz. Pero en esa reunión, Lanusse fue mucho más allá: ante cierta sorpresa del brigadier Carlos Rey, comandante de la Fuerza Aérea, y con el apoyo de Gnavi, planteó al presidente la necesidad de la apertura política, previo un estudio que, en plazo perentorio, deberían realizar los expertos. Fue en vano otra vez. Cuando Gnavi regresó a participar a los almirantes el resultado de la reunión, varios de éstos bajaron el pulgar.

Aun así, el viernes 5, los tres comandantes volvieron a reunirse con el presidente: querían agotar todos los expedientes persuasivos. Onganía accedió al pedido de consultar a personalidades representativas, pero se plantó en un punto crítico: nada de comicios. Algo más grave: insistió ante sus mandantes que el programa que tanto

buscaban estaba en las 163 políticas que les había hecho llegar el secretario general de la Presidencia, general en retiro Juan Esteban Lavicoli. El *round* señalaba un empate, pero medio Buenos Aires comentaba la conjura en cierne; incluso, en la noche de ese viernes, se arriesgó que el C-10 de Azul avanzaba sobre Buenos Aires. Lo cierto: el más potente regimiento de tanques realizaba ejercicios tácticos en las inmediaciones de su cuartel.

El sábado 6, de buena fuente, Lanusse recibe una noticia que lo inquieta: Onganía prepara su relevo. Parece creerlo y así exige a sus asesores civiles que aceleren el documento sobre la situación y sobre lo que había que hacer; además, cita a su casa a los comandantes de la Armada y la Fuerza Aérea, al ministro de Defensa, José Rafael Cáceres Monié, y al ministro de Justicia, Conrado Etchebarne.

Sereno, Lanusse pregunta si en las 163 pautas del documento que entregó Lavicoli se encontraba alguna forma de salida política. De manera rotunda, Cáceres Monié contestó que no; Etchebarne habló durante veinte minutos pero su respuesta también fue negativa. Cuando se levantó la reunión, los tres comandantes habían decidido destituir a Onganía en la mañana del lunes 8. El lema es volver cuanto antes a la senda constitucional; el rumor de las barricadas cordobesas no se escucha ahora en Buenos Aires. ♦

Las últimas 14 horas

Durante trece horas cincuenta y cinco minutos, el teniente general Juan Carlos Onganía vivió, el lunes 8, su último día presidencial. El detalle cronológico de los acontecimientos que culminaron con su derrocamiento, según investigó *Panorama*, es el siguiente:

8.45. — El auto presidencial abandona la residencia de Olivos hacia el centro de la ciudad. Juan Carlos Onganía viste traje oscuro de lana. Veinte minutos antes, los termómetros marcaban la temperatura mínima del día: 3°5. En Montevideo y Charcas, el empresario teatral Francisco Carcavallo reiteraba ante la rueda de prensa que vigila el domicilio del desaparecido Pedro Eugenio Aramburu: "Soy optimista... No hay nuevos indicios". Se refería a la pesquisa que concentraba la atención pública desde el viernes 29, día del Ejército.

9.00. — El teniente general Alejandro Lanusse, con uniforme militar, se traslada desde el Comando en Jefe del Ejército hacia las oficinas del ministro de Defensa, donde aguardaba el titular, José Rafael Cáceres Monié.

Lo propio hace el brigadier general Carlos Alberto Rey desde su despacho de comandante en jefe de la Aeronáutica.

9.15. — Llega a Azopardo 250 el almirante Pedro Gnavi, jefe de la Armada.

9.20. — El presidente arriba a la sede del Banco Municipal: en el Salón Dorado inaugura el Panel Internacional de Expertos en Recursos Hídricos, donde lo aguardaban delegados nacionales y extranjeros. Tras explicar la opinión oficial sobre la administración de las aguas dulces, Onganía sentenció: "Sin justicia no es posible garantizar la paz ni asegurar la libertad". A su lado, el brigadier mayor Ricardo Salas, jefe del Estado Mayor Conjunto, no alcanzó a escuchar todo el discurso: alertado por un jefe militar, se retiró de la ceremonia para trasladarse a Defensa, donde debía actuar como secretario de la Junta de Comandantes en Jefe.

9.30. — Comienza la reunión de la Junta Militar que se prolongaría por una hora y media. El personal civil y militar que no pertenece al plantel del Ministerio no es autorizado a permanecer en el edificio.

En la recoleta capilla del Colegio Champagnat, Sara Herrera de Aramburu presencia los oficios litúrgicos del día.

10.30. — Tropas del Regimiento I del Ejército, pertrechadas con elementos de combate, ingresan a Defensa.

10.35. — El jefe de Estado abandona su automóvil en la explanada de la Casa Rosada y se dirige a su despacho, donde media hora más tarde debía recibir a los almirantes, una entrevista postergada desde el viernes 29 por el secuestro de Aramburu.

11.00. — Los fotógrafos que aguardaban a los marinos son urgidos por el personal de Seguridad de Gobierno a desalojar los pasillos donde estaban ubicados. Los efectivos del Regimiento de Granaderos General San Martín, de la custodia presidencial, mudan su colorido uniforme por la indumentaria verde oliva de fajina. Los periodistas acreditados en la Casa Rosada son invitados a trasladarse a Defensa para recibir copia de un comunicado militar.

11.15. — El teniente coronel Luis Riso, jefe de prensa de Ejército, difunde el comunicado número 185 de su comandante en jefe. Ante la carencia de un plan político —aclara el mensaje— el Ejército no quiere firmar "un nuevo cheque en blanco" al presidente.

11.40. — Llega a Defensa monseñor Antonio Caggiano, donde permanece durante diez minutos. "Vine de visita", declara al retirarse. En los pasillos interiores había saludado al brigadier Rey, que volvía a su despacho en el edificio Cóndor.

11.45. — En Paseo Colón 255, la prensa recibe un mensaje del almirante Gnavi de manos de su ayudante, capitán de corbeta Martínez, que luce cordones en el uniforme pero no la gorra. Gnavi explica que suspendió la audiencia de los almirantes para "estudiar la situación creada" debido al desacuerdo de Onganía "con la adopción de un Plan Político".

12.00. — El jefe de la Aeronáutica

informa a los miembros de su Estado Mayor, reunidos en el Cóndor.

En Defensa, ingresa el coronel Luis Máximo Premoli, que abandona su despacho en la Secretaría de Difusión y Turismo para ponerse a las órdenes de sus mandos naturales.

12.15. — Una delegación de escolares recorre el museo gubernamental, en el subsuelo de la Casa de Gobierno.

12.30. — Los ayudantes de los comandantes en jefe se presentan en la Casa Rosada; portan los comunicados del Estado Mayor Conjunto.

12.50. — El titular de Defensa se dirige hacia Balcarce 50. Arrecia la niebla sobre la Plaza de Mayo.

13.00. — Arquímedes García Díaz, director de Prensa de la Presidencia, informa que el coronel Premoli no atiende "porque está ocupado". Una docena de camarógrafos y periodistas se agolpa en la Mesa de Entradas solicitando acceso, mientras la temperatura trepa a su nivel máximo —14°3—; 73 por ciento de humedad.

13.15. — Después de quince minutos



SARA DE ARAMBURU: VALOR Y FE.

de antesala el titular de la SIDE, general (RE) Gustavo Martínez Zuviria, ingresa al despacho presidencial.

13.20. — Regresan a Defensa el brigadier Rey y el ministro Cáceres Monié.

13.30. — Grupos de ciudadanos comienzan a formarse en la esquina del Banco de la Nación, frente a la explanada de la Casa Rosada.

13.40. — Se clausura el acceso por Balcarce 50.

14.10. — La Secretaría General de la Presidencia hace conocer el Comunicado N° 1 de la Presidencia y el decreto 2632: ambos documentos informan del relevo del teniente general Lanusse del cargo de comandante en jefe del Ejército.

14.15. — El vicecomodoro Julio Bortier informa que el brigadier Rey "ha resuelto expresar la necesidad de una mayor participación de las Fuerzas Armadas en las decisiones fundamentales del gobierno de la Revolución Argentina". En el Departamento Central de Poli-

cía, el general Mario Fonseca reúne a los jefes de la repartición, después de haber conversado con el jefe del Estado, en compañía del general (R) Eduardo Señorans, ex titular de la SIDE.

14.55. — La Junta Militar resuelve "reasumir inmediatamente el poder político de la República". Pide la renuncia de Onganía (Comunicado N° 1).

Por avenida del Libertador avanzan hacia el radio céntrico camiones con soldados de los regimientos I y II de Infantería. Uno de los vehículos choca contra un automóvil particular; el resto de la columna avanza hasta la Central de Comunicaciones Cuyo para hacerse cargo de la misma, desde donde controla la red radiotelefónica nacional. Los comerciantes del vecindario cierran apresuradamente sus cortinas; media hora más tarde, con timidez, reabren los negocios.

15.00. — Un par de grúas retira los automóviles oficiales y los de propiedad de altos funcionarios que estaban estacionados en las inmediaciones de la Casa Rosada.

15.05. — Los empleados públicos son licenciados; primero las mujeres.

15.06. — Las emisoras privadas de radio, al igual que las oficiales y los canales de TV, comienzan a transmitir en cadena.

15.10. — La cadena radial transmite marchas militares y llamados de atención dirigidos a la población; después, se escucha el Comunicado N° 1 de la Junta Militar.

Vuelve a ingresar en Defensa el brigadier mayor Salas, después de entregar en la Casa de Gobierno el Comunicado N° 1.

15.30. — Los comandantes conversan con los coroneles Klappenbach y Leone, con el comandante de Infantería de Marina, contralmirante Pedro Irigoin, con el brigadier mayor Arturo Cordon Aguirre (director de personal de Fuerza Aérea) y con el general Oscar Colombo. Acto seguido, reciben al ministro de Justicia, Conrado Etchebarne, y al procurador general del Tesoro, Lino Palacio (h).

15.40. — Llegan doscientos efectivos de Granaderos con armas y mochila, que desembarcan durante ocho minutos en la Casa Rosada. Los curiosos ya obstaculizan el tránsito que sube por Rivadavia, mientras personal policial observa desde la terraza de la Presidencia. Hay gritos hostiles contra el gobierno por parte de núcleos juveniles peronistas y radicales del Pueblo (ver recuadro de página 15). La edición vespertina de *Crónica*, el martes, dirá: "El pueblo, por primera vez en mucho tiempo, pudo expresar libremente su opinión". En las puertas de acceso, se emplazan ametralladoras, mientras un conscripto con prismáticos otea el horizonte desde uno de los balcones. Un capitán lo alienta: "No te asustes, que aquí no pasa nada".

15.45. — Onganía mantiene una entrevista con Francisco Imaz, ministro del Interior destituido por la Junta (lo



A LAS 23.57 DEL LUNES 8: LANUSSE EN LA ROSADA.



EXPECTATIVA Y RECHIFLAS PARA FUNCIONARIOS.

reemplaza Cáceres Monié), Etchebarne y Luis María Gotelli, ministro de Obras y Servicios Públicos. Más tarde, el jefe del Estado pide que lo dejen solo "para meditar sobre la situación". Los granaderos reciben bultos con víveres, mientras reposan en los pasillos y escaleras.

16.00. — Tropas del R-3 de Infantería salen de La Tablada hacia distintas zonas del Gran Buenos Aires.

16.15. — La Junta desmiente la presencia de Lanusse en la Casa Rosada.

16.25. — Personal de civil de la Casa Rosada retira paquetes con documentos y papeles oficiales.

16.30. — Aterrizan en el helipuerto de la Presidencia una máquina Bell del Ejército solicitada por Onganía. No volverá a despegar; su piloto se retirará luego, a las 22.15.

16.35. — En Olivos, los empleados civiles ceden lugar a miembros de Granaderos que están en posición de combate. Los comandantes en jefe difunden el Comunicado N° 2: reasumen "el gobierno de la República hasta que, dentro de un plazo máximo de diez días, se designe al ciudadano que se desempeñará como presidente de la Nación Argentina", explican. El canciller Juan B. Martín, el ministro de Economía y Trabajo, José María Dagnino Pastore y otros funcionarios se retiran entre la rechifla del público. En Córdoba, la Jefatura del III Cuerpo de Ejército asume el control de la situación; después lo harán en las demás provincias las respectivas guarniciones.

16.50. — Llega el segundo contingente de soldados a la Casa Rosada, en tanto sobrevuelan la zona dos máquinas de la Marina: un avión Catalina y un helicóptero Sirkovsky. La niebla, espesa, ya envuelve la cima del edificio Alas.

17.00. — Aterrizan en el helipuerto la máquina LOHEN de Aeronáutica; despegan enseguida y no regresan.

17.15. — Un oficial aéreo es agredido por un grupo de manifestantes.

17.30. — Infantes de Ejército, Marina y Aeronáutica aguardan órdenes en avenida Madero, a pocas cuadras de la Rosada. Los comercios de la zona bajan las persianas. Un centenar de personas entonan el Himno Nacional: son dispersadas por la policía. La Junta informa que todos los mandos militares acatan su autoridad.

17.46. — Comunicado N° 3 de la Junta: reitera el acatamiento de las guarniciones.

17.57. — "Todos los gobiernos provinciales continúan con el ejercicio de sus funciones". (Comunicado N° 4 de la Junta).

18.00. — La policía desaloja al público congregado en Plaza de Mayo. Hay conatos de manifestaciones callejeras, mientras algunos grupos entonan la marcha peronista, entre toses provocadas por las granadas de gases lacrimógenos.

18.00. — En el Palacio de Tribunales,

los miembros de la Corte Suprema reciben a una misión de la Junta: Etchebarne, Palacio (h) y el brigadier Enrique Gómez, auditor general de las FF.AA. Los magistrados no renunciarán. A la misma hora, la Junta difunde sus comunicados 6 y 7. Citan a reunión del CONASE (Consejo Nacional de Seguridad) para las 20 y aclaran: "La carencia de una definición sobre la salida política de la Revolución" fue el detonante de la crisis.

18.30. — La Junta explica la misión cumplida ante la Corte Suprema, dándole a la delegación carácter informativo (Comunicado N° 8). Emite, además, una exhortación (sin número): "Deben privar el desprendimiento y el afán de servicio a los intereses superiores de la Nación". La visibilidad en Plaza de Mayo se reduce a la mínima expresión: la húmeda niebla congela a los periodistas que se mantienen en las escalinatas del Banco Nación, rodeados por la policía.



TENIENTE CORONEL RISSO: MENSAJES.

18.35. — "Las Fuerzas Armadas Argentinas son eminentemente democráticas", resume otra información sin numerar de la Junta. En el domicilio del teniente general Aramburu, uno de sus amigos —Manuel Rawson Paz— confía a la prensa: "Esta es la hora de Aramburu".

18.40. — La Junta se expide otra vez sin número: "La Revolución Argentina es un proceso histórico... Los hombres, un mero instrumento".

18.45. — El general Jorge Cáceres Monié (Gendarmería) releva a Mario Fonseca de sus funciones como jefe de Policía. El militar destituido retorna a la Casa Rosada.

18.55. — Aparece el decreto N° 1 de la Junta reemplazando a Imaz por José Rafael Cáceres Monié.

19.05. — La Junta anuncia (Comunicado N° 9) que "ha reasumido el poder

político". Onganía continúa en su despacho. Todas las comunicaciones con el exterior han sido suspendidas.

19.20. — El Comunicado N° 10 de la Junta profetiza: "La auténtica democracia representativa... no admite la aceptación de proyectos que la distorsionen".

19.45. — En La Plata, el gobernador Saturnino Llorente intenta quedarse en el cargo. Después de un refrigerio con los jefes de la guarnición militar anuncia que el coronel Pascual Calucci asume el gobierno.

20.00. — La Junta, desde el Ministerio de Defensa, "llama a la reflexión" al pequeño grupo de incondicionales que acompaña a Onganía, "para que se eviten daños mayores".

20.15. — Se anuncia que será ocupada militarmente la Casa de Gobierno. Los estudiantes universitarios de La Plata, por su parte, destituyen al rector de esa casa. En el Estado Mayor Conjunto, comienza la reunión citada del CONASE: están presentes, los únicos civiles, Etchebarne y Gotelli, y permanecen allí hasta las 22.30.

21.00. — Apagan las luces del frente de la Casa Rosada, mientras dos empleados introducen comestibles y un cajón de gaseosas.

21.30. — La Junta insiste (Comunicado N° 16) que "ha retomado la conducción superior para evitar extravíos ajenos a nuestra formación democrática".

22.00. — Arriban a la Presidencia, acompañados por el jesuita Mariano Castex, asesor espiritual de Onganía, el brigadier Cordon Aguirre, el contralmirante Irigoin y el general López Aufranc. Vienen a solicitar la renuncia del jefe del Estado; a la media hora se retiran, sin éxito.

22.15. — Un automóvil se aleja, con tres grandes valijas en su baúl. La calma se impone. Imaz, Fonseca y Dario Saráchaga se alimentan: carne asada con papas, vino tinto y café, en el comedor del Ministerio del Interior.

23.32. — Con traje azul oscuro, el orión en la mano, rodeado por media docena de colaboradores, abandona la Casa Rosada Juan Carlos Onganía. Lo acompañan en el automóvil, un Ambassadeur Especial, el jefe de la Casa Militar, Luis Centurión y el edecán naval, Augusto Renella.

23.38. — Escoltado por tres vehículos con efectivos de Infantería, Onganía desembarca en el subsuelo de Defensa. Aguarda el brigadier Salas, que lo conduce, en ascensor, al octavo piso. Allí entrega su renuncia escrita (126 palabras) a la Junta Militar. En tres minutos, se retira.

23.40. — Francisco Imaz deja también la Casa de Gobierno.

23.42. — El ex presidente se aleja hacia la residencia de Olivos.

23.47. — Los granaderos realizan una parada militar en la explanada.

23.57. — Llega la Junta Militar en una docena de automóviles, para constituirse en la sede del poder político. ♦

Plaza de Mayo: Visto y oído

Fueron diez desapacibles horas (desde las 14 hasta las 24 horas). La Plaza de Mayo volvió a transformarse —el pasado lunes 8— en ese reducto fatigado por los espectadores del poder. Los protagonistas cabildeaban sus posibilidades con el telón bajo. Una atendible discreción que margina a los curiosos desde que la leyenda histórica atribuye a un grupo de encapotados vecinos los caprichos de un slogan: "El pueblo quiere saber de qué se trata".

Desde temprano un sol mezquino apenas se coló por instantes. Fue una razón para que los verdes bancos de pino que soportan diariamente a quejumbrosos jubilados, se mantuvieran desocupados. Un sospechoso vacío (pocos automotores y peatones, además de parquímetros libres al estacionamiento) desde la mañana demostró la perspicacia de los porteños para olfatear devenires funestos. Ya al mediodía uno de los cha-

mento sólo era una tertulia. Salieron a relucir anécdotas, cuentos y adivinanzas. "Imaz termina con Z o Z termina con Imaz?", se ingenió un joven —supuestamente estudiante—. Más éxito tuvo un muchachón emponchado. "¿Saben quién está por llegar a Buenos Aires? Teodorakis. Viene a ponerle música a todo esto".

"Habrá que ponerlo a Armando de presidente", exageró un empleado entusiasmado por las ironías que ensayaba un grupo en la vereda de la Casa Rosada. "No estoy de acuerdo —aventuró un hincha de River de barba y chaleco—. Tiene que ser un tipo divertido. Propongo a Macoco Alzaga Unzué". Claro que hacia las 15 horas las humoradas comenzaban a trocarse por susurros más graves. "Vienen de la Tablada", fue el rumor inmediato. Ya medio millar de personas empezaba a impacientarse. Los comunicados y las ululantes radios uruguayas martillaban desde los transistores. La lle-

osado taximetrero que acertó a rescatarlo. Menos suerte tuvo el canciller Juan Benedicto Martín: al salir por Rivadavia, su coche recibió una andanada de puntapiés en la carrocería y puñetazos en las ventanillas.

HORA MARCHITA. Atardecía. Llegaron efectivos policiales armados con pistolas lanzagases y bastones. Comenzaron las corridas. Un piquete cruzó longitudinalmente la plaza mientras los desplazados se burlaban voceando el paso militar (hop, hop, hop, hop). Otros se animaron a entonar la marchita. Pero a las siete de la tarde todo estaba despejado. La niebla se espesó más aún. Solamente un centenar de periodistas y camarógrafos (además de otros que pasaban por serlo y los infalibles cafeteros) se animó a esperar estoicamente el desenlace. Pocas novedades se sucedieron entonces: Dardo Cabo y Cristina Verrier (operativo Cón-



TROMPIS, CAFE Y ANECDOTAS. TAMBIEN UN POQUITO DE REPRESION: HOP, HOP.



siretes apostados cerca de la Pirámide replegó el tripode de su máquina. También la obesa vendedora de vituallas para las palomas enfardó los bastimentos. Fueron precisamente las palomas las primeras damnificadas de la jornada: corridas, desplazamientos policiales y los ronroneos de helicópteros las obligaron al permanente revoloteo que acostumbran en cada tumulto. Debieron recurrir —claro— a los barrocos escondrijos de los edificios más viejos.

CALENTITO EL CAFE. A las 14 horas unos 150 curiosos, periodistas, reporteros gráficos y adictos a distintas corrientes políticas, componían un contingente todavía silencioso. Fue cuando aparecieron los primeros vendedores de café. "Cuando se arma la rosca se vacían las oficinas y no queda otro remedio que venirse para acá", filosofó Patricio Ojeda (43), agobiado por el peso de ocho termos. "Creo que soy el único Patricio que no se pierde los últimos cuatro días de los meses", dijo un hombre de café, café, continuó, abriéndose paso. Las pociones calientes animaron lo que hasta el mo-

gada de dos helicópteros al helipuerto de la Casa de Gobierno —apenas pasadas las 16—, el sobrevuelo de aviones y el arribo de efectivos pertrechados para atrincherarse en los balcones, caldearon los ánimos. Estallaron cuando un corpulento cuarentón comenzó a vivir a Onganía, enternecido por recientes libaciones.

Consiguió un coro de chiflatinas. Los concurrentes se unificaron también para gritar: "¡Que se vaya!", agitando los brazos en dirección a los balcones. Hasta allí estaban —al parecer— todos de acuerdo. Luego vinieron algunas radicalizaciones. Un cántico de juglar anónimo que despotricaba contra Onganía y Lanusse al mismo tiempo dio pie al coro que voceó "Perón, Perón". Una nueva chiflatina evidenció la presencia de todos los sectores.

Cuatro vigilantes no pudieron controlar las primeras escaramuzas. La primera: un desconocido funcionario que salió por la explanada consiguiendo que un agente levantara a uno de los azados. También que la turba le propinara una lluvia de trompis, monedas y piedras. Lo salvó un

dor) tuvieron dificultades con sus credenciales periodísticas, al parecer dudosas. Nuevos efectivos policiales aparecieron apenas pasadas las 22.30 horas y se decidieron a complicar la tarea periodística.

"Personal de periodistas: replegarse sobre la vereda del Banco Nación. ¡Hacerlo!", gritó un suboficial con megáfono. La orden fue cumplida conteniendo una espontánea risotada. La puerta que da por la calle Rivadavia se abrió entonces. Falsa alarma: dos empleados sacaron un cajón de envases vacíos de Pepsi Cola. Diez minutos después el subcomisario inspector Meteoro se acercó a los periodistas y ensayó un tono dramático: "El radiocomando advierte —solemnizó— que se retiren ya. Acontecimientos futuros pueden poner en peligro sus vidas". Un nuevo cordón cercó la salida —a las once y media de la noche— del Rambler sedan de color negro que llevó a Onganía a presentar su renuncia. "Desde que lo sacaron al Peludo me vi varios finales. Quién iba a pensar que el Tatú iba a terminar sin pena ni gloria", se emocionó un memorioso, mientras mascaba un pucho bajo la estatua de Juan de Garay. ♦



LA JUNTA

DE IZQUIERDA A DERECHA, EN PRIMER PLANO, EL ESCRIBANO DE LA CASA DE GOBIERNO, JORGE GARRIDO, Y LOS COMANDANTES DE LAS TRES FUERZAS MILITARES: TENIENTE GENERAL ALEJANDRO AGUSTIN LANUSSE, ALMIRANTE PEDRO J. GNAVI Y BRIGADIER GENERAL CARLOS ALBERTO REY. CON RETRASO EN EL HORARIO PREVISTO, LOS COMANDANTES ASUMIERON, EL MARTES 9, LA CONDUCCION DEL PODER EJECUTIVO NACIONAL, CARGO QUE DESEMPEÑARAN— ASI LO DECIDIERON— POR UN PLAZO MAXIMO DE DIEZ DIAS. HASTA ENTONCES, UN INTERROGANTE PENDE SOBRE EL BUSTO DE LA REPUBLICA, EN EL SALON BLANCO DE LA JEFATURA POLITICA DEL PAIS.

El Nuevo Gobierno



PRESIDENCIABLE LANUSSE (CON ONGANIA): SILLON HAY UNO SOLO.

LOS QUE SON Y LOS QUE PUEDEN SER

Cuando el Ejército derrocó al presidente Castillo, en junio de 1943, el poder quedó en manos de un grupo de militares que había participado, 13 años antes, de otra sublevación: la del 6 de setiembre de 1930. Se trataba de oficiales que recién en la segunda revolución pudieron alcanzar alguna notoriedad, porque ya habían sido ascendidos a coroneles o a generales. Los nombres de Bartolomé Descalzo, Juan Pistarini, José Humberto Sosa Molina, Juan Domingo Perón y Franklin Lucero —todos conspiradores del 30— fueron conocidos recién después del 43.

En junio de 1966 ocurrió algo parecido: los militares que llevaron a Onganía al poder eran, en su mayor parte, los jóvenes conspiradores que en setiembre de 1951 habían acompañado al general Benjamín Menéndez en su intento de derrocar a Perón. Se trataba esta vez de Julio Alsogaray, Alejandro Lanusse, Rodolfo Larcher, Héctor Repetto y Manuel Reimundes. Ninguno de ellos había podido participar de la sublevación de setiembre de 1955 porque estaban presos —cumpliendo condenas impuestas durante el peronismo— o inhabilitados para actuar dentro del Ejército.

Esta vez, en junio de 1970, al liderazgo del golpe militar se suman también los oficiales que tomaron parte en el derrocamiento de Perón. La figura de Pedro Eugenio Aramburu pareció convocarlos a todos, porque los nombres

que durante la última semana ocuparon las primeras páginas de los diarios son los mismos que quedaron registrados en uno de los episodios más significativos de la revolución del 55: la sublevación de Curuzú Cuatíá.

Esa ciudad correntina fue elegida para cumplir un rol importante por su guarnición militar, compuesta por 3.500 soldados y unos 40 tanques. Hasta allí debía viajar Aramburu para asumir el comando rebelde, después que el mayor Juan José Montiel Forzano se encargara de apresar a los jefes leales y sublevar a toda la guarnición. El encargado de movilizar el comando civil de Curuzú Cuatíá era José Rafael Cáceres Monié; el hombre de enlace con la marina de guerra, que viajaría con Aramburu, era el capitán Aldo Luis Molinari. La sublevación fracasó cuando los suboficiales —todos peronistas— lograron retomar sus posiciones en un eficaz contragolpe. Cuando Aramburu y Molinari llegaron a Curuzú Cuatíá la situación les era desfavorable y tuvieron que abandonar la lucha antes de empezarla.

EN FUNCIONES. La biografía de los hombres que ya están en funciones en el nuevo gobierno revela, en no pocos casos, antecedentes políticos ligados con la insurrección militar del 55.

PEDRO ALBERTO JOSE GNANI (Presidente de la Junta de Comandantes Egresó de la Escuela Naval Militar con

el grado de guardia marina en 1938. Formó en la oficialidad de la fragata Sarmiento, el crucero 25 de Mayo, el torpedero Garay, el crucero Almirante Brown, el torpedero Tucumán, el guardacostas Pueyrredón, el luego trágico rastreador Fournier y el torpedero Entre Ríos, ascendiendo en esas lides a teniente de corbeta y de fragata. Fue luego teniente de navío en el torpedero Entre Ríos, el crucero La Argentina y el guardacostas Pueyrredón; cumplió otras misiones en la isla Martín García y en el Estado Mayor General Naval. Cuando fue elevado al rango de capitán de corbeta siguió cursos en la Escuela de Guerra Naval, integró la oficialidad de la fragata Hércules, fue comandante del transporte Ushuaia y actuó en el Estado Mayor General Naval y en el Estado Mayor de Coordinación. Como capitán de fragata fue oficial del torpedero Cervantes; luego pasó al crucero General Belgrano y a la Escuela Naval Militar, donde fue ascendido a capitán de navío. Con ese grado asumió una jefatura en la Secretaría de Informaciones del Estado.

Su carrera culminó en los últimos años con varios cargos mayores: dirección de Electrónica Naval, jefatura del Estado Mayor de la Flota de Mar, comandante en jefe de ella, agregado naval a la Embajada Argentina en Washington, delegado ante la Junta Interamericana de Defensa, ya con el grado de contraalmirante. En agosto de 1968 asumió el cargo de comandante en jefe de la Armada; sustituía al almirante Benigno Varela.

Sus ausencias intermitentes del país lo colocaron al margen de la pequeña guerra de 1962-63; si bien adhiere a los ideales de su arma —que militó en el "coloradismo" casi íntegramente— pareció por aquel motivo el hombre ideal para contactar con Onganía, jefe del bando azul, el vencedor en la lidia. Es de todos conocida la amistad de Gnani con Arturo Frondizi.

ALEJANDRO AGUSTIN LANUSSE. (Comandante en Jefe del Ejército). Nació en Buenos Aires en 1918, se graduó subteniente en 1938 y prestó servicios, sucesivamente, en el I Regimiento de Caballería y en el de Granaderos a Caballo. En 1945 ascendió a capitán y con ese grado actuó hasta 1948 en la Dirección General de Remonta. En 1951 participó en la asonada militar que encabezó el general Benjamín Menéndez contra el régimen peronista; el caso le reportó cuatro años en la cárcel, primero en Rawson y después en Río Gallegos. Ese episodio inició su actuación política, que habría de combinarse con su carrera militar. En 1955, siendo jefe de Granaderos, colaboró en el golpe que depuso al presidente Lonardi y elevó a Aramburu. En 1959 ascendió a coronel y a jefe de Estado Mayor. En 1962 fue uno de los líderes del grupo "azul" que triunfó en las luchas militares internas durante el gobierno de Guido. En 1963 volvió a en-

frentarse con el sector "colorado" y tomó la base aeronaval de Punta Indio. En el mismo año empujó a Oscar Alende a la ruptura con el grupo Frondizi. En 1966 fue uno de los últimos generales en adherir al movimiento revolucionario que terminó con la presidencia de Illia. En 1968 ascendió a comandante en jefe del Ejército (sustituyendo a Julio Alsogaray), lo que ocasionó el pase a retiro de varios colegas más antiguos, quienes quedaron fuera del escalafón.

En lo personal, Lanusse está emparentado con figuras prominentes de la industria, el comercio, la banca y la política. Sin embargo su vida es modesta y sus bienes personales se conceptúan escasos. Uno de sus hijos trabaja en publicidad (Gowland) y una hija es azafata de la compañía aérea Braniff.

CARLOS ALBERTO REY (Comandante en jefe de la Fuerza Aérea.) Ingresó en el Colegio Militar de la Nación en 1941, cursó luego en la Escuela de Aviación Militar y allí ascendió a teniente (1946). Después integraría la Comisión de Compras Aeronáuticas en Europa (1948); actuó también en el Instituto Aerotécnico de Córdoba (1949) y en el II Regimiento de Transporte Aéreo. En 1951 se le designó ayudante de órdenes del ministro de Aeronáutica; en 1953 fue asignado a la Escuela de Comando y Estado Mayor; en 1957 al Comando General de Defensa Antiaérea y en el mismo año a la Dirección General del Ministerio de Aeronáutica. Ascendió a vicecomodoro en diciembre de 1958, a comodoro en 1960, después de comandar el Destacamento Aeronáutico Militar Mar del Plata y el Grupo I de Exploración y Ataque. En 1962 fue asesor de la Delegación Militar Argentina ante la Junta Interamericana de Defensa y enseguida jefe del Estado Mayor de Comando Aéreo de Combate. Integró el Tribunal Ordinario de Honor para Jefes y Oficiales, ocupó en 1964 la Jefatura de la VII Brigada Aérea y en 1967 fue segundo jefe del Estado Mayor Conjunto. En noviembre de 1968 llegó a comandante de Operaciones Aéreas y en 1970 a comandante de la Fuerza Aérea, en ambos casos sustituyendo a Jorge Martínez Zuviría. Pasa por ser nacionalista, aunque su influencia en el arma deriva más bien de sus especiales dotes de camaradería.

JOSE RAFAEL CACERES MONIE (Ministro del Interior). Nació en Paraná en 1918; se recibió de abogado en 1945, integró la comisión directiva de la Sociedad Rural de Curuzú Cuatíá (1945 a 1955), fue síndico y luego apoderado de la Cooperativa Agropecuaria de la misma localidad. Su actuación política comenzó en la adolescencia cuando se afilió a la Unión Cívica Radical (1933), siendo después candidato a senador provincial (1940), secretario de la Convención provincial (1950), fundador y director del diario *Pregón* (1956), can-

didato a diputado nacional constituyente por la UCRI (1957), delegado reorganizador de la UCRI (1962). Tuvo actuación relevante en el comando civil que encabezó la fracasada sublevación de Curuzú Cuatíá contra el peronismo (septiembre de 1955). Luego fue subsecretario del Ministerio de Obras y Servicios Públicos (1958-59) y del de Defensa Nacional (1959), pasando luego a la Secretaría General de la Presidencia bajo Frondizi (1962). Posteriormente ingresó en la cancillería y llegó en 1967 al cargo de embajador argentino en el Paraguay. En 1969 fue llamado por Onganía para ocupar el Ministerio de Defensa. Produjo el movimiento de junio 8, Cáceres Monié retuvo el Ministerio de Defensa y se hizo cargo provisionalmente del Ministerio del Interior.

JORGE ESTEBAN CACERES MONIE (Jefe de la Policía Federal). Nació en Paraná en 1917; ingresó en el Ejército a los 20 años; ascendió a subteniente (1939), teniente (1942), teniente 1º (1945), capitán (1949), mayor (1952), coronel (1959), general de brigada (1964). Sus cargos principales en la vida militar han sido sucesivamente los de 2º jefe en el regimiento 2 de Caballería, jefe en el mismo cuerpo, jefe del Regimiento de Granaderos a Caballo, agregado militar en Chile (1961), comandante de la Brigada de Caballería Blindada, director del Centro de Instrucción de Caballería, director de liceos militares. En 1963 recibió en Chile la condecoración Estrella al Mérito Militar; en 1967 fue nombrado director nacional de Gendarmería. El 8 de junio de 1970 se anunció que ocuparía la jefatura de Policía Federal.

FLORENTINO VAZQUEZ GORI (Interventor en Neuquén). Nació en Rosario en 1922; ingresó al Colegio Militar de la Nación en 1939 y llegó a General de Brigada en diciembre de 1968. En



PRESIDENCIABLE ORTIZ BASUALDO

esas tres décadas cumplió diversas funciones en el Ministerio de Trabajo y Previsión, en la Escuela Superior de Guerra, en el Comando del Destacamento de Montaña, el Comando en Jefe del Ejército, el Estado Mayor, la Junta Interamericana de Defensa.

PRESIDENCIABLES. Entre los nombres que comenzaron a surgir, a partir del lunes, como probables presidentes provisionales —de acuerdo con lo prometido por la Junta de Comandantes— figuran civiles y militares. De ellos, los que tienen mayor posibilidad de ser llamados a cumplir esas funciones hasta la elección de un presidente constitucional son éstos:

JOSE RAFAEL CACERES MONIE (actual ministro del Interior).

ALEJANDRO AGUSTIN LANUSSE (actual comandante en jefe del Ejército).

OSIRIS VILLEGAS. Nació en Mendoza en 1915; se recibió de maestro antes de ingresar al Colegio Militar. Su carrera comprende varios altos cargos: jefe del Comando de la IV División de Infantería (1962-63), subjefe de operaciones del Comando en Jefe del Ejército (1963-64), comandante del V Cuerpo de Ejército en Bahía Blanca (1965-66). Su libro *Guerra Revolucionaria Comunista* (1960) recibió el primer premio de la Comisión de Cultura del Círculo Militar Argentino. La actuación política de Villegas le costó un atentado: a fines de 1962 una bala le rozó el cuello cuando salía de su casa. Fue ministro del Interior en el gobierno de Guido; presidió los comicios en que fuera elegido Arturo Illia, y luego participó de su derrocamiento. Fue el primer secretario y el organizador del Consejo Nacional de Seguridad (CONASE).

CONRADO JOSE ETCHEBARNE. Nació en Buenos Aires en 1929; egresó



PRESIDENCIABLE ETCHEBARNE

como abogado de la Facultad de Derecho, premiado con el mejor promedio de su promoción. Como docente ha sido profesor adjunto en Derecho Comercial y en Cooperativas y Seguros. Sus cargos públicos han incluido el de inspector general de Justicia (1957-58) y el de secretario de Estado de Justicia desde 1966 hasta el presente. Como tal fue uno de los funcionarios más estables entre los colaboradores inmediatos de Onganía y se le atribuye la redacción de la mayoría de las leyes dictadas en esa presidencia. También fue coautor de un proyecto de ley sobre oferta pública de valores, Bolsa de Comercio y Mercado de Valores.



PRESIDENCIABLE GUGLIARMELLI.

JUAN ENRIQUE GUGLIARMELLI. Nació en San Martín en 1917; egresó del Colegio Militar de la Nación y estudió en la Universidad de Washington. Se especializó en problemas económico-sociales de América latina y realizó cursillos sobre Derecho Constitucional. A su larga actividad docente (profesor de historia, topografía y estrategia) se agrega una actuación militar que se extiende desde el cargo de subteniente (1938) al de general de división. Durante el gobierno de Frondizi ocupó la Secretaría de la Presidencia. Se le atribuyen ideas industrialistas avanzadas, dentro de la tendencia conocida como "desarrollismo". Dirige la revista *Estrategia* y ha dictado una conferencia titulada "Las Fuerzas Armadas y su fun-

ción general prioritaria: desarrollo integral del potencial nacional" (agosto de 1969).

EDUARDO FRANCISCO MC LOUGHLIN. Egresó con el grado de subteniente del Colegio Militar de la Nación (1937), fue aviador militar (1940), miembro de la Comisión de Adquisiciones Aeronáuticas en Europa (1945), agregado aeronáutico a la embajada argentina en Gran Bretaña. En 1955, al triunfar la Revolución Libertadora, fue designado subdirector de la Escuela de Aviación Militar y director general del Ministerio de Aeronáutica (1956-57). Luego fue agregado a la embajada argentina en USA (1958-61), secretario de Estado de Aeronáu-



PRESIDENCIABLE CACERES MONIE.

tica (1962-63) y desde 1966 embajador argentino en Gran Bretaña.

EDUARDO A. ORTIZ BASUALDO. Nació en Buenos Aires en 1899; se graduó de abogado en la Facultad de Derecho (1925), fue secretario del Juzgado Federal en lo Criminal y en 1943 ascendió a secretario de la Cámara de Apelaciones en lo Federal. También en 1943 llegó a fiscal y en 1944 a juez federal en lo Civil y Comercial. Cesó en ese cargo en septiembre de 1949, al no contar con el acuerdo de la Cámara de Senadores durante el gobierno peronista. En los seis años siguientes se dedicó al ejercicio de su profesión e integró el directorio del Colegio de Abogados. En 1955, al caer el peronis-

mo, fue designado para la Cámara de Apelaciones en lo Federal, y en 1966 presidente de la Suprema Corte de Justicia, cargo para el que fue reelecto en 1969 por acuerdo del mismo tribunal.

OTROS CANDIDATOS. Además de los probables presidentes provisionales se han barajado también los nombres de algunos candidatos a integrar el nuevo gabinete nacional. Son éstos:

EDUARDO ANDRES ZALDUENDO. Nació en Concordia en 1928; se recibió de contador público (1952) y se doctoró en Ciencias Económicas (1954). Integró primero la Acción Católica de esa disciplina y luego pasó al partido Demócrata Cristiano. Se perfeccionó en USA, obteniendo en 1965 el Master en Economía de la Universidad de Berkeley. A su vuelta tomó un cargo de investigador en el Centro de Investigaciones Económicas del Instituto Di Tella, cumplió una labor de asistencia técnica en San José de Costa Rica y otras funciones en el Banco Interamericano de Desarrollo. En la Argentina ocupó altos cargos en el Banco Central y posteriormente en el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE). Si alguna arista de la "doctrina Zaldueño" trascendió en las últimas tres semanas de los palimpestos del Plan de Desarrollo 1970-1974 ella es la de la lucha contra el eficientismo. En síntesis: Zaldueño opina que la introducción de alta tecnología en forma masiva es capaz de crear desocupación y, curiosamente, de encarecer los bienes. Propone centrar la mira de las inversiones en los sectores que absorben mucha mano de obra, pretende realizar el sueño del pleno empleo. En largos plazos, con todo, no se opone a contar con innovaciones, extranjeras o preferiblemente surgidas de los laboratorios y cenáculos nacionales.

CARLOS MANUEL MURIZ. Nació en Buenos Aires en 1922; se recibió de abogado, fue subsecretario en el Ministerio del Interior y Justicia (1955-56), embajador en Bolivia (1956-59) y en el Brasil. Posteriormente fue designado por el presidente Guido como ministro de Relaciones Exteriores y Culto (1962-63). También ha desarrollado actividad docente, como profesor de Política Internacional; su dosis inicial de frondicismo parece haberse limado en los devaneos de la vida diplomática.

MARIO OCTAVIO AMADEO. Nació en Buenos Aires en 1911; estudió en la Facultad de Derecho, se licenció en Filosofía en el colegio Angélico, de Roma. En 1955 tuvo participación activa en el derrocamiento de Perón; luego fue ministro de Relaciones Exteriores y Culto (septiembre a noviembre de 1955), embajador en las Naciones Unidas (1958-62) y en el Brasil (1966). Ha sido fundador del Ateneo de la República y autor del libro *Ayer, hoy y mañana* donde propone sus soluciones políticas.



YRIGOYEN EN EL 30



CASTILLO EN EL 43



RAWSON EN EL 43



RAMIREZ EN EL 44



PERON EN EL 55



LOCARDI EN EL 55



FRONDISI EN EL 62



ILLIA EN EL 66

El noveno derrocado

¡Argentinos! Una vez más —¡ojalá sea la última!— las fuerzas armadas deben hacer abandono de sus tareas específicas, en salvaguardia de los más sagrados intereses de la Nación. (Proclama del 28 de septiembre de 1951.)

Juan Carlos Onganía es el noveno presidente argentino derrocado en los últimos 40 años. Desde que Hipólito Yrigoyen fuera desalojado del poder, el 6 de setiembre de 1930, se han sucedido en el país 58 amenazas de golpe de Estado. Nueve de ellas consiguieron su objetivo: imponer un nuevo presidente. A Yrigoyen lo desalojó el general José Félix Uriburu. Trece años después, otro general, Arturo Rawson, arrebataba la presidencia a Ramón S. Castillo; pero sólo por un momento, porque a las 24 horas el general Pedro Pablo Ramírez se la quitaba a él. A los nueve meses el general Edelmiro J. Farrell derrocaba a Ramírez. En 1955 otra sublevación militar sacó del poder a Juan Domingo Perón y colocó en la Casa Rosada al general Eduardo Lonardi. En menos de tres meses Lonardi fue depuesto por el general Pedro Eugenio Aramburu. En 1962 los militares derribaron al presidente Arturo Frondizi y sentaron en su lugar a José María Guido; en 1966 el general Onganía se apoderó de la presidencia, tras el golpe militar que había derrocado a Arturo Illia.

En ese lapso hubo 14 presidentes, de los cuales 9 fueron militares y 5 civiles. El período normal de seis años de gobierno, establecido por la Constitución Nacional, se cumplió solamente en dos oportunidades: con Agustín J. Justo (1932-38) y Juan Domingo Perón (1946-52). Curiosamente, ambos eran militares. En cuatro décadas de vida política, los derechos constitucionales estuvieron en plena vigencia no más de 15 años en total, porque en los 25 restantes privó la legislación represiva: el estado de sitio alternó con las leyes de Delitos contra la seguridad del Estado, Organización de la Nación para tiempos de guerra, Estado de guerra interno y Plan Conintes.

EN FECHA. Tradicionalmente, los golpes militares ocurren entre junio y setiembre. Sólo por excepción escapan a ese período (a Frondizi le tocó irse en marzo y a Lonardi en noviembre), pero jamás se ha dado el caso de que un presidente sea derrocado en diciembre, enero o febrero, pues los meses de verano no parecen ser propicios para lanzarse a una tarea tan engorrosa. "No se puede correr un riesgo semejante cuando la tropa no está bien preparada", aconsejan los que especulan con el grado de instrucción militar de los conscriptos. Aunque también se suele esgrimir como argumento que "ningún oficial se anima a interrumpir sus vacaciones para meterse en una revolución".

La estadística indica, además, que junio es el mes preferido de los golpistas, por lo menos desde 1943. El 4 de junio significó el comienzo de una nueva etapa política: el peronismo. El 16 de junio de 1955, cuando los aviones de la marina bombardearon la Casa Rosada, marcó el fin de esa etapa. El 9 de junio de 1956, con el alzamiento de los generales Juan José Valle y Raúl Tanco, se intentó restablecer al peronismo en el gobierno. El 12 de junio de 1960, al producirse la sublevación del general Fortunato Giovanoni, en San Luis, se pretendió acelerar la caída de Frondizi. El 28 de junio de 1966 se consumó la deposición de Illia. El 8 de junio de 1970, la de Onganía. ♦

¡NADA DE
LIMITACIONES!
LA GENTE MODERNA
ESCUCHAMOS
RADIO Y VEMOS
TV EN UN MISMO
APARATO

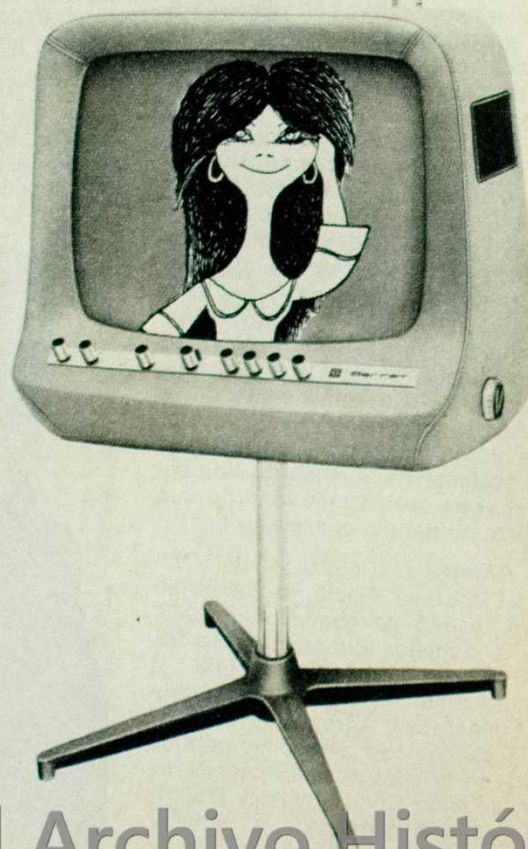
TELEVISOR CON RADIO

MODELO TVR 2001

- Tubo de 19" • Radio onda larga totalmente transistorizada
- Sintonizador con "MEMORIA" AUTOMÁTICA y VALVULAS REJA DE CUADRO • Sonido, frecuencia intermedia detención y amplificación de audio transistorizado • 2 parlantes • Base incluida • Forrado con plástico vinílico • Con antena incluida que permite su uso sin instalación de antena exterior.



Barrett





LA CLAVE CONSISTE EN VOLVER A LAS URNAS, AUNQUE POR OTROS CAMINOS.

A LA BUSQUEDA DE UN PLAN POLITICO

La "falta de claridad en el desemboque político" fue el argumento decisivo contra Onganía, reiterado en la serie de comunicados de la Junta de Comandantes, en los que no se objetó la línea económica del gobierno ni se descartaron críticas sobre sus métodos administrativos. Todo se centraliza ahora en conocer cuál será el mecanismo que se articule para volver al régimen republicano, representativo y federal.

La Junta opera, en ese terreno, con pies de plomo: se ha dado un plazo de 10 días para designar al nuevo presidente. Los nombres de los candidatos, quízs globos de ensayo (ver página 18), ya retumban en los corrillos politizados: Osiris Guillermo Villegas, José Rafael Cáceres Monié, Conrado Etchebarne, Eduardo Ortiz Basualdo (actual presidente de la Suprema Corte); y algunos generales en actividad, ubicados inmediatamente debajo del comandante en jefe. Mientras se resuelve este problema, otras discusiones quedan relegadas: quiénes integrarán el gabinete, por ejemplo.

Se sabe, en cambio, cuáles serán los límites de maniobra del nuevo presidente: las reglas para su actividad estarán fijadas en forma explícita, y se darían a conocer públicamente. Una forma de evitar las desviaciones que motivaron el desalojo de Onganía. En otros aspectos habrá, también, normas estrictas: las obras públicas seguramente

tendrán un plazo de ejecución fijado, y los funcionarios competentes serán responsables de su cumplimiento.

En el terreno político, el flamante gobierno se propone mantener una actitud receptiva hacia los diversos sectores. Sobre la reforma constitucional, por ejemplo, no hay una idea precisada. Sí, en cambio, la voluntad de recabar opiniones calificadas sobre los artículos que deberían ser modificados.

No habrá, por ahora, un calendario electoral, pues se prefiere establecer primero un ciclo de etapas previas. Los propios partidos deberán prepararse orgánicamente para enfrentar en la lucha electoral y, hasta entonces, no accederán al poder. Sólo podrán hacer llegar sus sugerencias.

El signo de la acción política futura es el pragmatismo. "Lo importante ahora —advierten las nuevas esferas de poder— es cumplir rigurosa, acelerada y enérgicamente el plan económico de la Revolución Argentina". El cauce hacia la salida política, cuyo contenido democrático-representativo ya está marcado, se irá cavando sobre la marcha del proceso.

EL MEA CULPA. Durante los 1.439 días en que Onganía ejerció la presidencia de la Nación, los más diversos planes políticos se discutieron tanto en los despachos oficiales como en las mesas de café. Decenas de dirigentes, caudi-

llos, politólogos, estudiosos, y hasta algunos francotiradores, formularon muchos y caminos de salida institucional para el régimen nacido en junio de 1966.

Una circunstancia favorecía el florecimiento de tanta imaginación política: el absoluto hermetismo oficial sobre la materia. Sin embargo, con el paso del tiempo, los planes que se proponían y publicitaban, se fueron modificando. En una primera etapa, que se agotó en agosto de 1968 (tras el retiro de los hermanos Julio y Alvaro Alsogaray), el común denominador fue la aceptación del gobierno revolucionario, como una situación de hecho que estrenaba nuevas reglas de juego. Con excepción de los radicales, quienes se resistían a olvidar su desalojo del poder, todos los partidos coincidían en un público mea culpa. El liberalismo, el Parlamento, las elecciones fueron criticadas por quienes habían sido, hasta ayer, sus usufructuarios. La figura de Onganía, adusta y sobria, alcanzaba por entonces, ella sola, para hacer olvidar la inoperancia de los 133 partidos políticos que debieron ser disueltos en todo el país.

OTROS PLANES. Cuando las distintas tendencias comenzaron a presionar aparecieron los primeros proyectos que ofrecían al presidente un marco de referencia viable. Antes de que el flamante gobierno cumpliera un mes de vida, Horacio Thedy, el atildado líder de la democracia progresista ("un partido casi metafísico", según él), ansiaba legitimar al nuevo régimen. Su plan consistía en darle a Onganía dos años de plenos poderes y asegurar su posterior elección constitucional. Entretanto, había que reagrupar a las fuerzas políticas para volver al sistema parlamentario. Con Thedy coincidieron Américo Ghioldi y Julio César Cueto Rúa. Todos ellos pretendían que la Revolución Argentina fuese una simple pausa en los calendarios electorales, necesaria para evitar el probable desborde peronista en la votación de 1967.

Si éstos eran los deseos liberales, había otras vertientes ideológicas que proyectaban distintos futuros. El desarrollismo, por ejemplo, se preocupaba, por "la entrada a la revolución antes que por la salida política". Con esa excusa Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio (lo mismo que Oscar Alende y algunos sectores socialcristianos) pudieron instalar buenos amigos en determinados puestos de gobierno y beneficiarse así de un delicado equilibrio entre el oficialismo y la oposición. Julio Oyhanarte, un teórico de esta corriente, auspiciaba en su libro *Poder político y cambio estructural en la Argentina*, la unión de cuatro elementos: un líder (Onganía), una élite, un movimiento nacional, y una ideología movilizadora. No obtuvo nada de eso.

Desde las mismas oficinas gubernamentales también comenzaron a buscarse formas nuevas. Mario Díaz Colodrero, secretario de Gobierno, sonó con la construcción de un partido oficial. Lo

integraría gran parte de la ciudadanía, "fascinada —según él— con las obras públicas que crecerían en las provincias" y por el acceso de sus líderes naturales (comerciantes, padres de familia) a los primeros escalones del poder, en el ámbito municipal y en el provincial.

Nació así el "comunitarismo", una filosofía política puesta en práctica en Córdoba, de la mano del "participacionismo". Se creó, también, un complejo lenguaje oficial, cargado de términos tan imprecisos como: *líderes comunales, consenso, participación, comunidad, ordenamiento, cursos de acción*. La doctrina alcanzó su punto crítico cuando uno de sus adalides, Carlos Caballero, debió dejar la gobernación de Córdoba en manos de un militar en actividad, tras el famoso cordobazo del año pasado.

En el pensamiento vivo de Onganía nunca se apagó, en forma definitiva, la llama de la participación. Durante uno de sus últimos viajes al interior explicó extensamente sus puntos de vista. "Se trata de dos ruedas fijadas en un mismo eje —ejemplificó—: apoyado encima de ellas está el gobierno, y ambas se asientan en la base, la comunidad. Una rueda representa a los organismos naturales de ésta, las cámaras de la industria y la producción, las ligas de padres, los clubes vecinales. La otra es el Estado, los organismos y reparticiones. Las iniciativas de la comunidad suben por la primera, y bajan como directivas, perfeccionadas, por la segunda. El gobierno se nutre, así, en su propia práctica".

LOS TOPICOS. A partir del alejamiento de los hermanos Alsogaray, todos los planes publicitados por el sector liberal comenzaron a cuestionar la figura de Onganía como piloto de la salida política, una tendencia que se hizo aún más notoria en los últimos doce meses.



DÍAZ COLODRERO Y CABALLERO: SUS PLANES FUERON ARCHIVADOS.



OYHANARTE Y THEDY: TENDRAN QUE REMODELAR SUS PROYECTOS.



Algunas propuestas fincaron en la búsqueda de una mecánica política:

- **Constitución:** hubo diversos argumentos en favor de una reforma. Con la única excepción del liberalismo ortodoxo, ésta se orientó hacia una unificación de mandatos, para hacer menos movido el calendario electoral (Emilio Hardoy, conservador; Horacio Suello, democristiano; Julio Oyhanarte, frondicista; Carlos Alberto Floria, católico). Otros aspectos: tecnificación del Senado, institucionalización de un Consejo Económico Social.

- **Estatuto de partidos:** todas las proposiciones se orientaron hacia la conformación de dos o tres fuerzas, según los casos. Coincidían en que éstas debían ser sólidas, de envergadura nacional, y contar con un mínimo (entre el 10 y el 25 por ciento) de respaldo electoral. Alvaro Alsogaray les exigía, además, que respondieran a principios filosóficos y económicos coherentes. Pedro Eugenio Aramburu se inclinaba por un par de partidos, montados sobre los

esqueletos del peronismo y el radicalismo. Julio César Cueto Rúa proponía una mecánica distinta: que se eligieran gobernadores provinciales (22) y que éstos, sumados a sus 22 oponentes más cercanos, al presidente y al ministro del Interior prepararan una lista de cuatro candidatos presidenciales.

- **Elecciones:** un tema que sólo preocupaba a liberales y peronistas, aunque no estuvieran de acuerdo en quién debía encabezar el proceso. Cándido López proponía un presidente designado por las Fuerzas Armadas, "con aval popular", cuyas decisiones básicas se plebiscitaran cada dos años. Cueto Rúa, en un documento emitido a fines de 1968, proponía otro sistema: primero elecciones municipales (a los 2 años), luego legislativas (4 años), después de gobernadores provinciales (cuatro años y medio) y finalmente presidenciales (5 años). El partido Comunista, desde luego, también pedía elecciones, "para una Asamblea Constituyente que sería convocada por un gobierno de unión nacional surgido de la coordinación de las fuerzas democráticas" (luego de derrocar a Onganía).

LOS 40. A fines de 1968, un grupo de 40 coroneles elaboró, en secreto, y a pedido del Comando en Jefe, un plan político integral. Se proponía reformar entre fines de 1971 y comienzos de 1972 las constituciones provinciales y nacional; se mantendría el régimen federal, pero los gobernadores serían nombrados por el presidente; habría una cámara única, el voto sería directo y los partidos deberían contar con un mínimo del 10 por ciento de los sufragios para poder participar en las elecciones. Los mandatos se unificarían en 4 años y quedarían vetados en la primera elección todos los políticos que hubieran desempeñado cargos electivos de orden provincial o nacional.

Ese documento señalaba textualmente que "el destino nacional pende de la salud y del equilibrio emocional e intelectual del actual presidente", circunstancia muy seria, por cierto. ♦

Opiniones



RAUL TORREIRO



ARTURO JAURETCHÉ



HECTOR GOMEZ MACHADO



CARLOS SANCHEZ VIAMONTE



JORGE ABELARDO RAMOS



ALICIA EGUREN

EL MATORRAL DE LOS SENDEROS QUE SE BIFURCAN

El martes último, el país amaneció con nuevo gobierno; no bien Juan Carlos Onganía se avino a renunciar, los comandantes de las Fuerzas Armadas juraron compartir la presidencia por diez jornadas, plazo máximo. Desde entonces, seis redactores de Panorama persiguieron a representantes de los todavía clausurados partidos políticos.

La mayoría de los consultados demostró que los políticos argentinos, a pesar del largo ostracismo, no han perdido la habilidad oratoria, la capacidad de diálogo. Con retórica o sin ella, casi todos se velan felices ante lo que entienden como el comienzo de un nuevo tiempo político en el país. Otros, más cautos, se conformaron con atacar al gobierno Onganía y guardar cautela por lo que vendrá. Fueron pocos los que se negaron a emitir declaraciones (bajo excusa de esperar momento más oportuno).

RODOLFO TECERA DEL FRANCO (peronista): Tras una reunión realizada ayer en su estudio y de la que participaron los doctores Alberto Iturbe, Antonio Cafiero, Carlos Juárez, Juan Lucio, Leónidas Saadi, Oscar Albrieu, Alfredo Gómez Morales, el general Epifanio Sosa Molina, Delia Parodi y Alberto Armesto, el grupo decidió ratificar el documento del 18 de diciembre del año anterior, leído al término de una cena de camaradería efectuada en el club del Sindicato de Obreros

y Empleados Municipales y de la cual participaron 600 delegados de todas las líneas del peronismo. El mensaje dice así:

"Milитantes activos del peronismo, movimiento que cuenta con adhesión mayoritaria de la ciudadanía argentina, nucleada en el recuerdo a Eva Perón y bajo el liderazgo indiscutido de Juan Perón, frente a la situación político-institucional que vive la República, consideramos:

"Que el país necesita una verdadera revolución en profundidad, que cambie los sistemas y no las formas, modificando las estructuras políticas, económicas y sociales.

"A más de tres años de su instalación en el poder, la autodenominada Revolución Argentina, no ha justificado siquiera su nombre, al no producir el proceso de cambio revolucionario ni afianzar la soberanía nacional en lo económico; al no querer o no poder hacerlo, ha provocado una nueva frustración que ahonda aún más la crisis nacional. Es en consecuencia imprescindible encontrar una solución que permita concretar el proceso revolucionario nacional inconcluso.

"Con venturoso y realista y teniendo en cuenta la actual coyuntura

histórica del país, es urgente planificar la forma para hallar la salida a la situación. Esta debe darse necesariamente con la participación sin restricciones ni limitaciones, de todos los sectores que al integrar la Nación constituyen su pueblo.

"La participación popular sólo es real en una auténtica democracia, que para realizar una verdadera Revolución Nacional, debe ser una democracia social, como lo desea la mayoría del pueblo argentino. Aun así, para autenticar su contenido, es menester consultar la voluntad popular, para que ésta exprese sin dejar lugar a dudas la forma y el tipo de democracia que quiere para su futuro.

"Debemos en consecuencia proveer a la Nación de un poder político capaz de cumplir el gran cambio que con urgencia requiere nuestro tiempo y exige, cada vez más enérgicamente, la fuerza generacional juvenil. Para que ello ocurra es menester contar con el consenso popular, con una ideología nacional y un plan de acción perfectamente establecido. Todo esto deberá sellarse con las Fuerzas Armadas unidas en el respeto a la voluntad de la mayoría del pueblo.

"Considerando estas premisas y la situación del país, proponemos:

"1. — Establecer que el sistema político que se adopte contenga normas precisas que permitan la formación de un mínimo de corrientes fundamentales de opinión, perfectamente definidas en su ideología y en su plan de gobierno; que la consulta popular deberá efectuarse sin discriminación ni proscripción alguna, en forma tal que sea real, no sólo la facultad de votar, sino de elegir y saber lo que se elige sin duda de ninguna clase.

"2. — Con el solo fin de fijar las formas del sistema político que dé lugar a la solución de salida del país, efectuar las consultas necesarias a las corrientes de opinión política partidaria, fuerzas del trabajo, empresarias, universitarias, etc.

"3. — Las Fuerzas Armadas deberán garantizar el compromiso de respeto a las decisiones de mayoría, tanto en la instancia de la libertad comicial como en la ejecución ulterior de esa voluntad popular.

"4. — El gobierno así elegido, que no llamamos de transición por el solo hecho de ser expresión de la voluntad popular, en el período ordinario de su mandato, deberá cumplir inexorablemente el programa de acción e institucionalizar en su transcurso con la incorporación a la Constitución Nacional y/o a la legislación general las medidas necesarias para que en el futuro rijan el sistema jurídico del país normas que sean la real expresión de la ideología y el programa de gobierno adoptado por la mayoría del pueblo argentino."

RAUL TORREIRO (demócrata cristiano): El pueblo, informado por la radio y TV de lo que estaba ocurriendo entre el teniente general Onganía y los comandantes de las tres armas, pronto advirtió que por enésima vez, se jugaba con su destino sin ser actor protagonista de los

sucesos que se desarrollaban. Otra vez disputas palaciegas; otra vez tensiones militares; otra vez incertidumbre y amenaza para el bien común de los hombres, las mujeres, los jóvenes y los niños argentinos. Se remataba una etapa comenzada por los representantes del Opus Dei; los nacionalistas en abstracto; los que a pesar de sus contradicciones y heterogeneidad estrechaban filas en torno al poder de las armas y el disfrute de los luculentos dividendos que comparten con los colonialistas de adentro y los invasores internacionales. Ahora anuncian comandantes que la Junta que ellos integran reasumirá el gobierno de la República, hasta que dentro del plazo que aparentemente se fijaron, se designe al ciudadano que se desempeñará como presidente de la Nación.

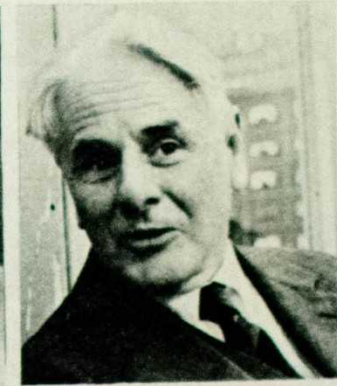
Entonces, ¿en nombre de quién gobernaba Onganía? Sin pueblo y sin Fuerzas Armadas, ¿quiénes desquiciaron discrecionalmente a la Nación y en nombre de qué mandantes?

Los militares siguen olvidando que su misión no es otra, en el orden interno, que garantizar la justicia social, la soli-

clamando desde hace tiempo la necesidad de un cambio en los métodos y orientación del gobierno, a fin de permitir, sin urgencias electoralistas, el encauzamiento de la República hacia una salida democrática que consulte los anhelos de la mayoría del pueblo. El desprecio demostrado por toda actividad cívica y el acta de defunción extendida a los partidos más representativos, eran claro indicio de la índole falangista y reaccionaria del equipo de gobierno, y sobre todo por parte de su directo responsable. Confiamos en que la dura experiencia sufrida, que acredita con decisiva urgencia militar décadas de fracasos y frustraciones, servirá para inspirar a los hombres que han asumido la difícil tarea de cerrar un sombrío capítulo y anunciar, en declaraciones que hablan otro lenguaje que el habitual hasta hoy, su propósito de seguir nuevos caminos, dejando atrás planes fracasados aquí y en el resto del mundo y ambiciones de círculos y camarillas. Es lo que espera y reclama la Nación, en procura de una convivencia fecunda y para afianzar en democracia su progreso y libertad.



MOREAU DE JUSTO



AMERICO GHIOLDI



BASILIO SERRANO

daridad nacional; la igualdad de posibilidades para los hombres de bien, permitiendo que el pueblo se dé las instituciones y el orden.

JUAN ANTONIO SOLARI (socialista democrático): Las tensiones existentes desde tiempo atrás entre los comandantes militares y quien desempeñaba funciones de gobierno por decisión de los mismos, han desembocado en una crisis castrense previsible, acaso acelerada por acontecimientos que conmueven a la opinión pública. La dualidad y evidente inspiración antidemocrática del gobernante depuesto, entregado a una política confusionalista y equívoca, en procura de una base de sustentación para los planes perseguidos, tras cuatro años de dominio absoluto de todos los resortes del poder, abría al país un panorama inquietante en lo social, económico, político y cultural, algunas de cuyas manifestaciones —como los sucesos de Córdoba del año anterior y la renovada convulsión obrera y estudiantil— no eran sino prueba del fracaso del régimen imperante y su debilidad intrínseca.

El socialismo democrático ha venido re-

JUAN MANUEL POMAR (radical del Pueblo): La caída de Onganía era un hecho que fatalmente debía producirse. La única manera de reemplazar a estos dictadores es a través del ejercicio de la violencia. Como hombre democrático, me alegra que el país se encamine por la vía del respeto a la soberanía popular.

JORGE NELSON GUALCO (socialcristiano): La lentitud y la falta de ideas claras para encarar definitivamente un proceso revolucionario de contenido nacional y popular habían provocado un continuo deterioro de la imagen presidencial, que ha culminado con su destitución por la Junta de Comandantes.

El plan político de los comandantes, que hasta el momento no se vislumbra, deberá —para tener consenso popular— contemplar estas premisas básicas: 1°) que el país realice una política de desarrollo sostenido con autonomía en las decisiones, como en el caso de la república hermana del Perú; 2°) los trabajadores deberán ser parte activa y gravitar en forma fundamental en el proceso; 3°) Deberá encararse definitivamente el cambio de estructuras, que la madurez eco-

nómica, social y cultural del país exige; 4°) habiéndose realizado estas premisas, el proceso deberá culminar con elecciones parlamentarias en todos los niveles, sin exclusión de ninguna índole, y no condicionada como ha sido hasta ahora. De lo contrario sería burlada una vez más la voluntad popular.

Quiénes han asumido el poder político de la Nación están ante la coyuntura de concretar los anhelos tantas veces postergados del país, o de simplemente defender los privilegios e intereses de un pequeño grupo.

ARTURO JAURETCHÉ (nacionalista popular): Onganía, por impenetrable, se oponía a toda concepción racional de gobierno. Pero se lo releva en función de esquemas políticos que nada tienen que ver con el país real.

Las Fuerzas Armadas tienen ante sí un dilema: deberán elegir por ser o no la negación de aquellos principios que fundamentaron la revolución de 1966. Pero eso sí: regresar al punto de partida importa un fracaso.

Es que los liberales son hijos de la concepción unitaria: ponen las formas institucionales por encima de la representatividad. Y ya sabemos cuál es el significado de una democracia sin representatividad.

Los gobiernos de mayorías en nuestro país —Rosas, Yrigoyen, Perón— respondieron a contenidos democráticos (porque eran populares) y no se preocuparon por lo formal-institucional. En cambio, los discípulos de la línea Mayo-Caseros utilizaron las leyes para ocultar la soberanía del pueblo. Para ellos, la Patria se fundó para ser un modelito de Constitución. En una palabra: que hay que adecuar el traje al cuerpo y no el cuerpo al traje. Si no es bueno que los civiles piensen como modistas, peor es que hagan eso los generales. Porque el dilema no es Onganía o Lanusse. Ni tampoco civiles versus militares. La cuestión es si vamos a seguir ocultando la soberanía popular detrás de la comedia de las instituciones.

HECTOR GOMEZ MACHADO (frondecista): El proceso que ha culminado con la destitución de Onganía no es sino el capítulo final de una etapa y de una experiencia que se hallaban definitivamente agotadas. Resulta así de la aplicación de una política económico-social que durante más de 3 años pretendió mantener artificialmente una situación de estabilidad restringiendo los niveles de consumo, llevando adelante la política impositiva de asfixia, constriñendo el crédito y desprotegiendo la industria nacional.

En estas condiciones, que son las de una contrarrevolución, la comunidad agredida reclama participar e intervenir en el proceso de una democratización política.

Ahora se abre una nueva instancia cuyas perspectivas no estarán dadas por la acción unilateral de uno u otro sector sino por la presencia activa y militante de todos los sectores dispuestos a establecer las bases que sirvan de lanzamiento

a la grandeza de la Nación y el bienestar del pueblo. Esta es la posibilidad y la responsabilidad que debemos asumir todos los argentinos.

CARLOS SANCHEZ VIAMONTE (socialista): He luchado con la pluma y en mi condición de profesional y también de jurista contra todas las dictaduras. La del general Onganía acaba de ser reconocida y denunciada públicamente como autocracia por el Consejo de Comandantes en Jefe. Pero hay algo más, y muy interesante, en este golpe de Estado producido ayer. Sus autores declaran que los ha movido el alto interés moral de impedir la continuación de un estado de cosas que contrariaban profundamente los sentimientos y la tradición democrática del pueblo argentino. Más aún, los tres jefes militares que asumen el poder político se comprometen a restablecer la forma de gobierno republicana, representativa y federal. Este es el paso inicial que justifica la acción de los actuales gobernantes, pero es también un hecho que los obliga irremediablemente a su cumplimiento. Otros hechos que deberán seguir a éste, y precisamente para cumplir el compromiso contraído, consisten en la anulación de todos los actos realizados con carácter dictatorial, como son las llamadas leyes, que en número de varios millares han sido dictadas. Además, es necesario que la educación vuelva a su cauce normal, tanto en las universidades, como en las enseñanzas secundarias, especial y primaria. Para todo esto es indispensable reemplazar a los ineptos aprovechadores de la dictadura derrocada por funcionarios competentes y dignos.

Entre los muchos problemas a los que habrá que dedicar atención está el de la economía nacional, y la necesidad de justificar las entregas hechas al imperialismo, que son inevitablemente negociados. Tampoco podemos dejar de lado u olvidar el problema de las Cajas de Jubilación, que acaba de confiarse como letrado, y en el que pueden descubrirse no sólo actos irregulares e injustos, sino también delitos. Creo que ha llegado la hora de que no queden impunes los delitos cometidos desde el gobierno, que no son delitos políticos, aunque en algunos casos sus autores merezcan la calificación de infames traidores a la Patria, como lo establece el artículo 29 de la Constitución Argentina.

Por último, y para no ser demasiado extenso, pienso que será necesario recomponer el Poder Judicial, que ya no era ni Poder ni Judicial, como podría demostrarlo concretamente si hace falta.

JORGE PALADINO (secretario general del Movimiento Nacional Justicialista y delegado personal de Perón en la Argentina): Somos un movimiento popular de fundamental gravitación como para adelantar opiniones en un episodio que aún no vemos suficientemente claro. Empero, entiendo que si determina un proceso hacia una auténtica salida democrática y representativa, ha de contar indudablemente con el apoyo del pueblo.

JORGE ABELARDO RAMOS (socialista de la Izquierda Nacional): El Ejército declara una vez más su incapacidad política para conducir una línea nacional. Ha decapitado a su propio jefe y no lo reemplaza con nada. No es otra cosa que lo que han hecho en los últimos cuarenta años: mirar hacia los comicios cada vez que se encuentran en un atolladero. De todas maneras, si no hay proscripciones, bien venido sea.

O el Ejército entiende que no se puede hacer una política nacional con los monopolios extranjeros, dejando de lado al pueblo, o se encontrará en un callejón sin salida. Frente a la caída de Onganía y sus tecnócratas, habría que recordarle al gobierno que sólo una planificación socialista puede arrancar al país del estancamiento en el que ha caído desde el derrocamiento de Perón.

ALICIA EGUREN (peronista - castrista): Considero que la caída de Onganía no constituye ningún cambio sustancial en la política de fondo. A través suyo —hasta ayer— o de la Junta de Comandantes en Jefe —ahora— seguirán gobernando las mismas clases, con el acento puesto,



JULIO CESAR CUETO RUA

a no dudarlo, en el otorgamiento de concesiones especiales a la alta burguesía ganadera.

La clase obrera, que es lo sustancialmente valioso del peronismo y la que encabezará la revolución, sufrirá con respuestas cada vez más firmes y efectivas la política de las clases explotadoras.

La Junta llamará seguramente a elecciones; es decir, volverá al juego terminado de la democracia burguesa. Es la prueba más acabada de la inutilidad del sistema: no puede imponer al pueblo la política del imperialismo a través de una dictadura autocrática y regresa a un pasado concluido.

La presumible incorporación retaceada del peronismo al panorama electoral no solucionará nada, porque lo que allí estará representado no son los intereses de la clase obrera sino de la burguesía encaramada en la dirección de un movimiento de masas.

En resumen, aunque los acontecimientos del martes distraigan parcialmente, no afectarán el proceso fundamental. El próximo gobierno pseudodemocrático no tiene margen de éxito; será un harapo final del sistema.

ALICIA MOREAU DE JUSTO (socialista argentina): Esto es una crisis dentro de un penoso proceso. Proviene de la creencia en el predominio de las fuerzas sobre el razonamiento. Esta lucha ancestral pierde sentido a medida que la civilización avanza. El proceso en que estamos, pues, retrógrado. No puede mantenerse si no es por la fuerza que, cuando en cuando, estalla con violencia. No se puede privar a un pueblo de toda libertad política. Sólo lo pretenden quienes no comprenden que el hombre moderno no puede volver al servilismo, los que son incapaces de absorber las enseñanzas del último medio siglo que han visto surgir a masas de inigualada capacidad de dominio y han significado infinito dolor, odio y ruina. Crean que las bayonetas siguen sirviendo para todo.

¿Será ésta la última crisis del desventurado proceso? No sabría decirlo. Creo que es necesario volver a la libertad política. Permitir la formación o reorganización de los partidos. Creo que hay que volver a la ley Sáenz Peña, con pleno respeto de la libertad ciudadana, sin que los gases lacrimógenos sean parte del aparato estatal.

Espero que de esta crisis el sentido democrático de los argentinos saldrá fortalecido y esclarecido.

EDGAR SA (peronista): Los acontecimientos de que ha sido escenario el gobierno suscitan expectación y esperanza en el pueblo. Yo deseo que el país se encauce dentro del sistema que se adecua a la realidad nacional, es decir el democrático, republicano y federal.

Será necesario que se deroguen algunas leyes, como la pena de muerte, de la cual soy acérrimo enemigo. Ella no fue impuesta por una conmoción extrema, sino por el caos provocado por el propio gobierno, que ha esquilmo al pueblo en beneficio de las minorías. Soy optimista en cuanto a la vocación democrática del nuevo gobierno. Confío en que habrá elecciones sin proscripciones.

AMERICO GHIOLDI (socialista democrático): En vísperas de cumplirse 4 años de su gobierno autocrático, el general Onganía fue derrocado por las mismas armas que lo encumbraron. Entre las jornadas de junio del 66 y éstas medió una diferencia fundamental: la naturaleza casi infamante, dicho esto desde el punto de vista histórico, que han sido formuladas al general Onganía por los comandantes de las Fuerzas Armadas. Onganía ha sido arrojado fuera del poder por haberse apartado de las puras tradiciones históricas, por sus tendencias autoritarias, por sus proyectos que, de cumplirse, torcerían y desnaturalizarían la democracia hasta hacerla irreconocible.

En los documentos de las Fuerzas Armadas se siente vibrar un sano rechazo del autoritarismo nacionalista con z, de que dan cuenta tanto las reticencias de los discursos pasados, como los proyectos y los colaboradores de Onganía.

Ya en la última hora de su existencia gubernamental, el ex presidente declaró al comandante en jefe cuál era la índole de su autoridad, al decir que en definitiva el gobierno es el presidente. Tal expresión recuerda automáticamente la de Luis XIV, cuando declaró "el Estado soy yo". Sólo de su investidura o traje presidencial, Onganía pudo destilar tan falsa doctrina sobre su autoridad preeminente, que es al mismo tiempo supranacional, suprapolítica y hasta supraterritorial.

Cae además envuelto en el drama nacional que significa el secuestro de Aramburu, que todavía hoy, 9 de junio, permanece sin indicios ciertos ni conocimiento de posibles autores. En síntesis, Onganía cae porque pretendió implantar el régimen corporativo y fascista.

El país renace a la esperanza. No hemos conversado con los autores de las últimas jornadas, pero tenemos la obli-



EMILIO HARDOY



HORACIO SUELDO



JORGE DANIEL PALADINO

gación y el derecho de recoger de sus documentos los elementos principistas de la nueva etapa argentina, siendo los principales, los siguientes: rechazo del gobierno personal absolutista; defensa del sistema democrático, republicano, representativo y federal; instauración de un gobierno transitorio; implícito reconocimiento del valor de los partidos, y determinación de proceder a la consulta con personas representativas que hasta ahora habían sido colocadas al margen de la sociedad argentina.

BASILIO SERRANO (socialcristiano de derecha): Las Fuerzas Armadas han cometido un grave error histórico y político. Me permito afirmarlo a la luz de las exigencias de la política nacional y en interés del prestigio de las instituciones militares.

El pueblo ha permanecido ausente y absorto. El general Onganía no ha caído por los efectos de su gobierno sino por su visión prospectiva del país.

Las fuerzas reaccionarias se oponen siempre al cambio. Se ha repetido el 13 de noviembre de 1955. Ahora hay que trabajar popularmente para reparar los daños infligidos a la República.

JULIO CESAR CUETO RUA (conservador): Tengo la esperanza de que este proceso nos lleve a la constitución de una verdadera democracia representativa y federal, como claramente lo han anunciado los comandantes. Este es, al fin, el anhelo de todos los argentinos. Para lograrlo habrá que disminuir las tensiones sociales creadas por el anterior gobierno.

EMILIO HARDOY (centrista): Ha aflorado un proceso ya operado en el espíritu de los argentinos. No hay legitimidad fuera de la Constitución. Hay sensatez en el país. También en los comandantes que adoptaron la medida contra un gobierno que ya carecía de consenso. La lógica indica que habrá mayor participación civil en el gobierno y que volveremos a las tradiciones argentinas.

HORACIO SUELDO (demócrata cristiano)

alternativa argentina: o la revolución popular y nacional para democratizar las estructuras (mediante una socialización en profundidad, con resguardo de la dignidad humana) o el acuerdo político, con reajustes institucionales mínimos, para instalar en el más breve plazo posible un nuevo poder público sobre amplia base que garantice su estabilidad, iniciando las transformaciones en un período transicional. Lo primero es la solución, lo segundo, la salida. Si esta última se vuelve una opción ineludible, si se presenta con garantías de plena libertad de sufragio, los partidarios de la lucha revolucionaria deberán meditar sobre la conveniencia de apoyar o no esa salida, sin renunciar a sus objetivos.

RODOLFO GALIMBERTI (presidente de las Juventudes Argentinas para la Emancipación Nacional): El derrocamiento de Juan Carlos Onganía por la Junta de Comandantes en Jefe no es más que la lucha por el poder entre distintos personeros del régimen, que impide la auténtica expresión del pueblo argentino. A los jóvenes argentinos comprometidos con la causa de la emancipación nacional y la liberación social el cambio no nos afecta. Sabemos que —rota la careta "comunitarista"— el imperialismo se apresta a mostrarnos ahora a sus figurones liberales. ¡Si los conoceremos! Son los viejos masones.

No. Este no es nuestro problema. Si las Fuerzas Armadas quieren llevar a la Argentina a un nuevo fracaso no faltarán patriotas que lo impidan. De nuestro lado seguiremos luchando por un destino soberano sin generales entreguistas ni "demócratas" corrompidos.

RUBEN F. RABANAL (radical del Pueblo): La actual situación institucional abre, en mi opinión, una nueva instancia en la vida de la República. Resulta prematuro aún, analizando los elementos de juicio con que se cuenta en estos momentos, abrir un juicio definitivo sobre el futuro nacional. Pero, a pesar de ello, afirmo una vez más mi profunda fe en que los males actuales del país sólo podrán superarse adoptándose las medidas urgentes y necesarias para que en breve plazo se concrete un sincero y leal retorno a la democracia representativa, a través de la libre expresión del pueblo mediante el sufragio, en un proceso electoral en el que participen todas las expresiones políticas nacionales.

GENERAL JULIO ALSOGARAY: Una y otra vez, en discursos y declaraciones, o personalmente en el despacho presidencial, señalé con prudencia y claridad suficientes mis discrepancias con tan trascendentes asuntos. Pero una y otra vez comprobé en el ex presidente su poca disposición para un diálogo constructivo; más aún: era a veces visible su molestia por mis actitudes. ♦

Onganía y los Mandos



TENIENTE GENERAL ALSOGARAY: "UNA AUTÉNTICA DEMOCRACIA REPRESENTATIVA".

47 MESES DE SORDOS RUIDOS

"A mí vinieron a verme a O'Higgins y yo les dije: Bueno, señores, yo acepto el cargo pero eso sí, las Fuerzas Armadas quedan fuera del proceso y vuelven a sus cuarteles." De tal modo suele relatar Juan Carlos Onganía la jornada del 25 de junio de 1966, cuando los comandantes de las tres armas le ofrecieron el gobierno en nombre de una revolución pronta a estallar. "Después se redactaron las Actas de la Revolución —sigue contando Onganía—, que contienen una serie de recomendaciones generales sobre los objetivos del movimiento. Pero de ningún modo puede interpretarse que ellas autorizan a los comandantes a coger el gobierno."

Los líderes de las tres armas entendían el contrato de otra manera: la Junta era, a juicio de ellos, una suerte de parlamento revolucionario. Sólo así se explican los roces entre los altos jefes y Onganía, que regaron los últimos 47 meses; esas disidencias, la causa final de su destitución, fueron también el campo de cultivo para una serie de intentonas subversivas previas, que no tuvieron éxito en homenaje a "la unidad de las Fuerzas". Todo comenzó al minuto de sentarse Onganía en el sillón de Rivadavia.

La primera escaramuza deflagró el 5

de diciembre de 1966, apenas cinco meses luego de la toma del poder; entonces, el comandante en jefe del Ejército debió alejarse del cargo por "ciertas diferencias de criterio con el presidente", según rezaba un comunicado de la Casa de Gobierno. El abismo creado entre Onganía y Pistarini obedeció —se supo luego— a los ascensos y pases dentro de la fuerza; el comandante supuso que redactar la lista era de su exclusivo patrimonio. Pero el mandatario, encargado de rubricarla, tachó a Nicolás Cándido Hure y a Adolfo Cándido López. Hure al frente del Tercer Cuerpo (Córdoba) había tolerado sin entusiasmo el golpe contra Arturo Illia; no porque fuese radical, sino porque no consideraba a Onganía suficientemente apto para reemplazarlo. "No es oficial de estado mayor", objetó Hure en los días previos al 28 de junio.

Pistarini, con todo, propuso dejar a Hure un año más en Córdoba, un anhelo que la Casa Rosada no le concedió; como tampoco dispensaría el Consejo Nacional de Seguridad a López, connotado "populista" y supuesto huésped de Juan D. Perón. A eso se agregó la bofetada desautorizadora ante el arma. Pistarini optó por solicitar el retiro; nadie olvidaba, sin embargo, que él había sido

el vocero de la conspiración: el 29 de mayo de ese año, en un acto público, leyó el memorial de agravios contra Illia, en presencia de éste.

En su lugar tomó la comandancia Julio Alsogaray, jefe del Primer Cuerpo y autor material de la deposición de Illia; ese nombramiento hizo concebir esperanzas a los desplazados caudillos políticos. También, por motivos diferentes, los mandos quedaron satisfechos: se pensaba que con Alsogaray y Osiris Villegas (por fin ubicado en el CONASE) galopando a sus flancos, el jefe del Estado no volvería a cometer errores. Un signo externo de confirmación: a fines de 1966 Onganía liquidaba al "equipo Salimei"; no obstante, el curso de los tiempos mostraría la dificultad de los militares para tutelar la gestión administrativa.

LAS PREVENCIÓNES. Es que "el Ejército no delibera ni gobierna", porque "constituye la reserva de la Nación", se empeñaba en señalar Onganía; su argumento de fondo: el poder desgasta —bien lo probaron los hechos del lunes último— y las Fuerzas Armadas no deben arruinarse en una apuesta política. Sin embargo, algunos funcionarios —los más hábiles, quizá— se orientaban al sabor de los consejos militares. El canciller Nicanor Costa Méndez, sobre todo; hasta el novel secretario de Trabajo, Rubens San Sebastián, se sometió a las preguntas de media docena de generales antes de asumir, en octubre.

Pero las moscas volverían a rondar en torno de Onganía hacia marzo de 1967, cuando Adalberto Krieger Vasena, flamante titular de Economía, lanzó al ruedo su plan de contención que era una bofetada en el rostro de la CGT. Los oficiales "populistas" se sintieron alarmados; entonces Onganía sacó de la manga un apoyo insólito: el de Alejandro Lanusse, a cargo de los regimientos de Córdoba, un hombre que no parecía —aunque liberal— tan contaminado como Alsogaray por los políticos. El 27 de febrero de 1967, Lanusse efectuaba la apología del gabinete; Krieger Vasena es "un hombre técnico —dijo— que se encuentra plenamente consustanciado con la doctrina de la Revolución Argentina". "Si el 28 de junio de 1966 yo era optimista —resumió Lanusse—, ahora lo soy mucho más." Con todo, el texto de Lanusse enlazaba al Ejército en las tareas de gobierno: una advertencia, quizá, la indicación a Onganía de que Fuerzas Armadas y administración no eran funciones que pudiesen resolverse por separado.

Los apremios del comandante Julio Alsogaray para que el sistema avanzara en la búsqueda de una salida institucional, sus contactos con los jefes de los partidos, causaron prevención en el entorno de Onganía. Un incidente fortuito probó de qué lado estaba el corazón del presidente. El 26 de julio, secretario de Difusión y Turismo, Federico Frischknecht, hablando en un

banquete, cometió otro de sus típicos lapsus: "Los suyos ¿son planes generales?", demandó un empresario. "Son los planes de generales, almirantes y brigadieres", creyó burlarse Frischknecht. La chanza no cayó en el vacío: Alsogaray, Benigno Varela (Armada) y Adolfo T. Álvarez (Aviación) pidieron el relevo del parlanchín. Pero Onganía lo mantuvo en su lugar, con una firmeza reveladora de su tendencia.

Entonces, el bando liberal creyó llegada la hora de contraatacar: el 23 de agosto, el embajador en Washington, Alvaro Alsogaray —el mismo que precipitara la desgracia de Jorge Salimei nueve meses antes— condenaba desde USA a "la burocracia y la mentalidad estatista que todavía subsiste en muchos sectores". El 31 de agosto debió aterrizar en Buenos Aires para recibir una monserga de Onganía; en el aeropuerto lo esperaba una multitud de parciales: creían, sin duda, que Alvaro estaba en condiciones de desplazar al presidente.

Intento prematuro. Otra cruzada para gestar un recambio de Onganía salió al paso desde los núcleos ortodoxos del nacionalismo, que supusieron a la Casa Rosada definitivamente en manos de Krieger Vasena. ¿Existió hacia noviembre de 1967 una conspiración destinada a terminar con el ocupante de Balcarce 50? Al menos, los voceros de la vieja guardia lonardista susurraron que varios regimientos saldrían a la calle, luego de la Marcha de la Soberanía, una columna cívica que el 19 y el 20 de ese mes convergió sobre Zárate, para rendir homenaje al combate de Obligado.

Lo cierto es que uno de los oficiales más ligados al homenaje —el general López, a cargo de los Institutos Militares— quedó marginado a fines de

1967 de la lista de ascensos. El 19 de diciembre, al despedirse de sus cuadros, López anunciaba la "firme resolución de incorporarme al grupo de hombres que cree en el pueblo argentino y que está dispuesto a captar su sentimiento nacional, darle forma concreta, no traicionarlo, llevarlo adelante y hacer un gran movimiento dentro del cual sea posible la compatibilidad de ideas distintas".

De allí en más, Cándido se arrojó a la liza política, a la búsqueda de un frente civil capaz de oficiar el relevo de Onganía: tres veces Alsogaray le impuso arrestos debido a sus declaraciones explosivas. Pero a comienzos de 1968 la empresa del general se hundió en la discordia: Marcelo Sánchez Sorondo, el mentor de aquella patriada, le enrostró su poca audacia para definirse por una línea rigidamente nacionalista y popular. El radicalismo del Pueblo —de su parte— jamás confió demasiado en López, y menos aún sus estrategas: Ricardo Balbín, Arturo Mor Roig. Ellos se esperanzaban con el relevo de Onganía por la mano de Alsogaray; entendían que López no era más que una hechura de los mandos "populistas" del Ejército, un globo de ensayo para lograr la base civil que legitimase el cambio de Onganía por otro gobernante militar, apto para prolongar el régimen.

TODAVIA NO. Que "cambiarlo todo para no variar nada" fuese el adagio de López resulta incierto aún; más real fue, sin embargo, el agotamiento de Alsogaray, en sucesivas instancias a Onganía para que facilitase un plan electoral auténtico, destinado a "restablecer una democracia representativa", tal cual lo ordenaba el anexo III de las Actas de la Revolución.



M. ZUVIRIA: POR UNA VEINTENA DE SKYHAWKS.

La táctica de Onganía consistió en postergar las sugerencias de los mandos, aunque por momentos simulara escucharlos: el 15 de marzo de 1968, por ejemplo, rogó a los tres comandantes que lo asesoraran en la modificación del gabinete. En verdad, Onganía confiaba en la reorganización de la CGT, capaz de facilitar una base de apoyo lista para permitirle una mayor independencia. Esa alianza con los obreros se complementaría —al gusto de Mario Díaz Colodero— mediante la integración "comunitaria".

Fue cuando los nacionalistas ortodoxos quisieron interesar a Lanusse acerca de una revuelta "populista": a principios de abril, Ramón Eduardo Molina, un artillero, lo visitó en Córdoba, pero el entonces jefe del cuerpo lo indujo a apartarse del "fragote". Molina, con todo, siguió manteniendo el fuego sagrado, merced a entrevistas que lo reunieron con políticos y otros oficiales en su departamento de la calle Suipacha, Buenos Aires. El vocero civil del grupo, Marcelo Sánchez Sorondo, había fundado, para sustentarlo, el Movimiento de la Revolución Nacional, junto al general en retiro Carlos A. Caro, cercano al radicalismo. No conseguían tentar a Balbín, más adicto a la prometida solución de Alsogaray; esta vez los radicales volvieron a sospechar —tal vez fuese un pretexto— de la filiación de Raoul Grasset, un presbítero adicto al golpe, aunque otrora fuese confesor de Onganía. La UCRP lo consideraba sospechoso; la jerarquía radical no deseaba entrar en una maniobra que tal vez sirviese para terminar con Alsogaray y persistir en el nacionalismo.

La reacción del nacionalismo ortodoxo encontró por fin su eje en la denominada CGT "de los Argentinos": es que, sorprendentemente, el 28 de marzo un ignoto linotipista, amigo de la música clásica y de Juan D. Perón —Raimundo Ongaro—, destruyó el juego de Vador: se impuso en la asamblea de normalización obrera y postergó la alianza entre el gobierno y los gremios. El fracaso del plan laboral de la Casa Rosada indujo a Al-



ALSOGARAY, VARELA, PISTARINI. SUBORDINACIÓN A VANDOR PARA SUBORDINAR A PATRIA.



LOPEZ, RAUCH Y LABANCA: LO QUE NO PUDO SER.

sogaray a efectuar una arremetida final: el 20 de mayo planteó ante Onganía y once generales de división el rímico de críticas acumuladas en año y medio de administración. Falló. Los mandos escucharon también a Onganía y decidieron mantener sus esperanzas en el gobierno: es uno de los tantos "cheques en blanco" que la fuerza otorgara al presidente.

EL REAGRUPAMIENTO. "Acá hay que pinchar globos —salía eufórico del despacho presidencial Alejandro Lanusse, el 21—, porque esto se está hinchando de rumores. Es el resultado de la psicosis que se está viviendo." "No hay ninguna diferencia entre el jefe del Estado y el comandante Alsogaray", refrendaba una semana luego Emilio van Peborgh, titular de Defensa.

Pero ya la polémica era notoria entre Alsogaray y Guillermo Borda, ministro de Interior; el comandante flameaba los textos de junio de 1966: "Son antitotalitarios", y quien diga otra cosa "lo hace con fines inconfesables", tachaba Alsogaray la prédica comunitaria de Borda. El nombre de Pedro E. Aramburu era la comidilla de los políticos: se suponía que al pronunciamiento de Alsogaray habría de seguir un sistema provisorio, a cargo del ex presidente provisional de una década atrás.

"Onganía cree sin razones —profetizaba Sánchez Sorondo en junio— que el tiempo corre en su favor; oscila mientras tanto entre dos temores: el del 13 de noviembre (fecha de la caída de Eduardo Lonardi, en 1955) y el del 17 de octubre (el día que se consagró a Perón). Si no va hacia el pueblo será liquidado por los liberales." No todavía: el 23 de agosto el presidente se deshizo sin temblores de los tres comandantes; era visible que no tenía objeciones superiores contra Alvarez (Fuerza Aérea) o Varela (Armada). Apenas buscó desprenderse de Alsogaray, mediante un cambio total.

"El general Lanusse ha de ser un comandante duro para los próximos diez años", fantaseó Onganía: nuevo caudillo del Ejército, Lanusse sólo era fiel al proceso iniciado en 1966, no a sus personeros accidentales. Sus colegas: Jorge Miguel Martínez Zuviria (Aeronáutica) y Pedro Gnavi (Armada). "Onganía se comió un par de langostas —bromeaban en las guarniciones aludiendo a Pistarini y Alsogaray—, pero no devorará a

la tercera." La presencia de Lanusse devolvió coherencia al gobierno; íntimo amigo de Costa Méndez y Krieger Vasena —cuya estabilización comenzaba a dar frutos—, ubicó en los principales cuerpos del Ejército a los rebeldes antiperonistas de 1951: Carlos Luzuriaga piloteó el más poderoso regimiento blindado de Sudamérica (Azul); Ricardo Etcheverry Boneo, la Escuela de Caballería; Máximo Aguirre Paz, el regimiento mecanizado número 7. Juan Carlos Sánchez, un discípulo de Aramburu, ocupó la jefatura de Logística, y José María Díaz, un ex "colorado", se situó en la de Inteligencia.

Pero la conjura nacionalista no estaba muerta: el 15 de noviembre de 1968 tocaba a rebato en la unidad de Tandil, en Olavarría, en Córdoba, cuyas guarniciones fueron alertadas desde el Comando a la espera de fantásticos golpes de mano. Las guardias en las emisoras se reforzaron y ya nadie durmió esa noche entre los miembros del gobierno. Lo real: el Servicio de Informaciones del Ejército había detectado las andanzas del general en retiro Enrique Rauch, quien organizaba grupos civiles en Córdoba. Aparentemente, Sánchez Sorondo y Ongaro eran de la partida. Pretexto tan ínfimo, ¿justificaba colocar a los soldados en pie de guerra? Los radicales insinuaron que el ensayo era un zafarrancho general decretado por Lanusse para advertir a Onganía del volumen de sus fuerzas.

Ocurre que el presidente avanzaba ya en sentido contrario de la tendencia liberal sentada en el gabinete: por ciertos

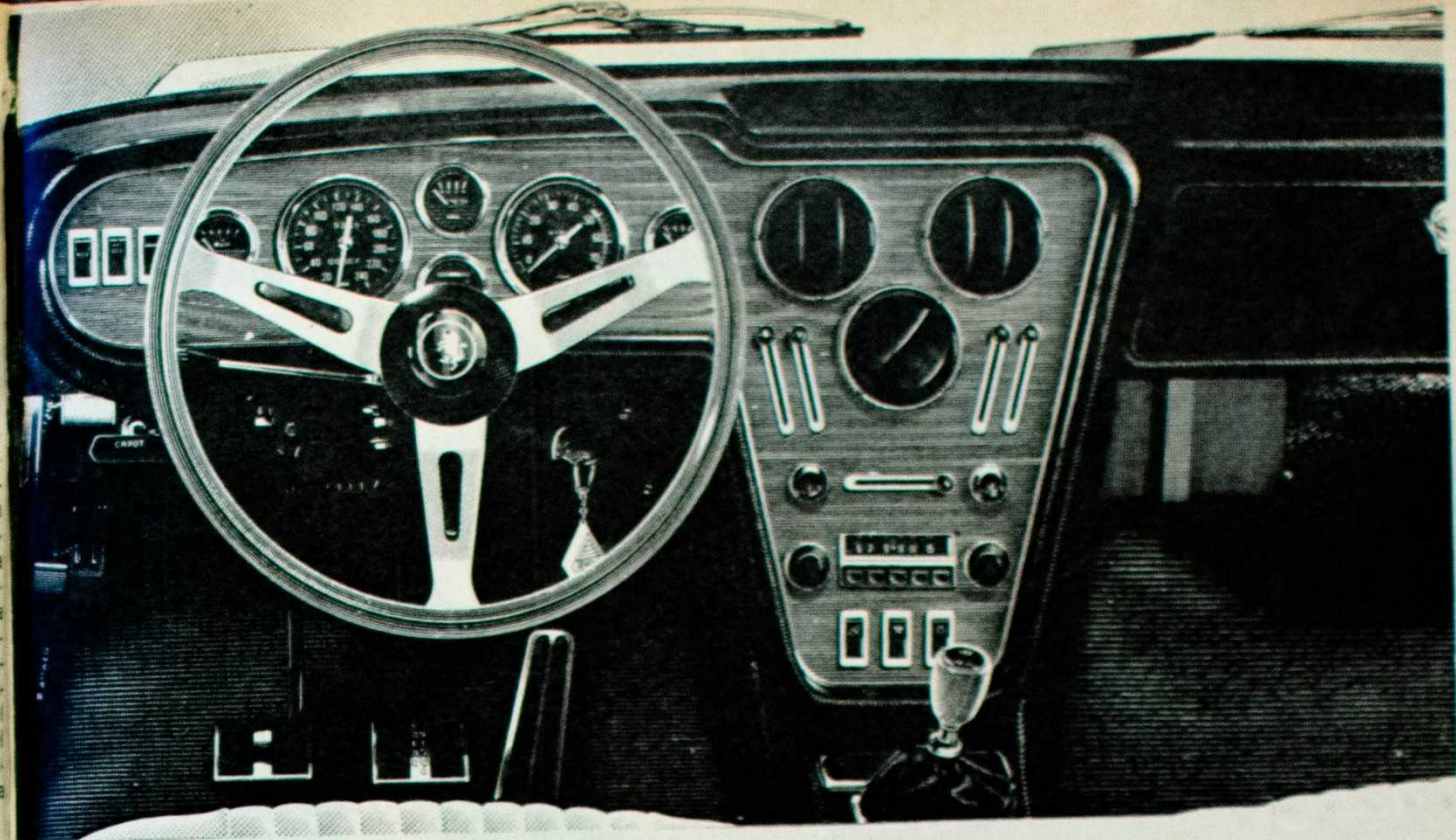
conductos se acercaba a Perón en busca de una alianza que debía consumarse por medio de la CGT negociadora, a las órdenes de Augusto T. Vandor. Pero la represión militar de los disturbios de mayo de 1969, en Córdoba, y el asesinato de Vandor, interrumpieron esos contactos. El Ejército, como medida de reconocimiento, apenas obtuvo del presidente un cambio de ministros. La presencia de Lanusse garantizaba, para muchos oficiales, la continuidad de la línea económica de Krieger Vasena.

Seguramente por eso floreció una vez más la conspiración nacionalista: debía estallar, el 25 de julio, en torno de un brillante oficial, Eduardo Labanca, a cargo de la Brigada de Infantería de Palermo. Su objetivo no era tanto el de arrojar a Onganía como el de concluir con el liderazgo de Lanusse. Sus voceros hablaban de "rescatar" al presidente de la férula liberal para empujarlo por un curso netamente nacionalista; quizá por la índole de los argumentos se dedujo entonces que el movimiento estaba inspirado en la Casa de Gobierno. Es improbable; lo único cierto fue que el comandante logró detectar la raíz del complot: el 24 de julio un par de generales adictos convencían a Labanca para que solicitase el retiro.

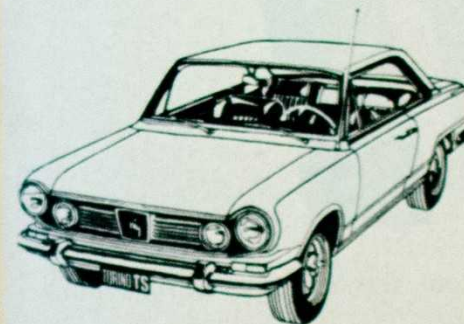
A fines de 1969 Lanusse alejaba al nacionalista Eduardo Uriburu: en marzo último, el aviador Martínez Zuviria se distanciaba de sus comodores por la escasez de presupuesto. Debió dimitir y lo sustituyó Juan C. Rey al frente de la Aeronáutica.

En adelante, libre de ripios el camino de la unidad militar, Lanusse extremó su vigilancia del proceso político. La consigna de los mandos: "Actuar unidos en toda ocasión". Fue un largo empate, sin dudas, que la tarde del lunes 8 quebró en favor de Lanusse: la prueba de la fidelidad del comandante a la letra de las Actas firmadas en junio de 1966, no una simbiosis entre él y la presidencia. Que Onganía se empeñara en negar la verdad de un parlamento revolucionario —la Junta de Comandantes—, fue la causa de su final: el primer párrafo de ese epílogo comenzó a escribirse el 28 de junio de 1966. ♦

GNAPI, LANUSSE Y REY: VOTARON POR NO OTORGAR UN NUEVO CHEQUE EN BLANCO



Siempre TORINO. Siempre más.



Bienvenido a bordo. Usted está en la cabina de comandos del Torino. Póngase cómodo. Ajuste los cinturones de seguridad.

Comience a sentir sensaciones de alto vuelo.

Sensaciones TORINO. Las butacas, dotadas de "memoria", para adoptar automáticamente la posición de mando más confortable. El tapizado sobrio, con clase. El nuevo tablero de madera de estilo deportivo internacional pone todos los comandos a su alcance. El vo-

lante, tan TORINO. La clásica palanca al piso, de cambios cortos y exactos. Y la posibilidad del aire acondicionado: clima propio en cada viaje. Gire la llave.

... y ahora a sentir el verdadero placer de manejar. Usted domina la potencia del mejor coche del país. Bajo su mando ruge el motor Tornado OHC, consagrado en Nürburgring.

Y Torino, que fue siempre más... trae más novedades aún.

- Mecánica 380 en toda la línea (versión de bajo consumo en los modelos L y S).
- Nuevo diseño frontal.
- Nuevos paragolpes.
- Nuevas llantas y tazas.
- Nuevo panel de cola con faros circulares.
- Pintura anticorrosiva con nuevo

sistema de "protección por inmersión" único en el país.

- Nuevos colores metalizados.

Viva el Torino en toda su intensidad. Manéjelo en su Concesionaria IKA-RENAULT.

Cinco Torinos. Su alternativa siempre es Torino. (*)

Torino GS, coupé, \$ 25.679.— Torino TS, coupé, \$ 23.561.— Torino TS, cuatro puertas, \$ 22.000.— Torino S, cuatro puertas, \$ 19.950.— Torino L, cuatro puertas, \$ 17.412.

(*) Se indican precios que incluyen equipo "A".

TORINO-TS es un producto
IKA RENAULT

La clase internacional demostrada en Nürburgring.

Alitalia

Dimensión '70



La década del sesenta llegó a su fin. Bienvenida sea la del 70!

Hay que aprontarse para enfrentar el interrogante que plantea esta dinámica década nueva.

Alitalia inicia los 70 con nuevo concepto en viajes aéreos, culminando así muchos años de laboriosas planificaciones.

La era de los Boeing y los jets supersónicos está en Alitalia.

Esto significa Dimensión '70!

Vuelos sobre 5 continentes con 103 destinos.

Una de las primeras flotas Todo-Jet del mundo.

Que incluye aviones DC 8, DC 9, Caravelles, y desde Junio de 1970 los Boeing 747.

Un completo servicio de reservas por computadoras.

Una gran flota de jets de carga y nuevas terminales de operación. Las tarifas aéreas más convenientes.

El derecho de volar para más y más gente, a un precio justo.

Un vuelo o toda una gira que se adecua a usted, en cualquier dimensión que viva.

La nueva flota de Alitalia (en blanco brillante con el toque de colores nacionales en el timón de cola) está listo para llevarlo... para introducirlo en la nueva Dimensión '70!

Alitalia

ITALY'S WORLD AIRLINE

PAZ MORAMA

Nº 164 - Año VIII - 16 al 22 de junio de 1970 - \$ 1.50 - m\$ 150

EL DRAMA DE LOS ARAMBUROS

EL NUEVO PRESIDENTE. QUE PUEDE HACER

